

X. Viendo, pues, Giges que ya no podía huir del precepto, se mostró pronto á obedecer. Cuando Candaules juzga que ya es hora de irse á dormir, lleva consigo á Giges á su mismo cuarto, y bien presto comparece la reina. Giges, al tiempo que ella entra y cuando va dejando después despacio sus vestidos, la contempla y la admira, hasta que vueltas las espaldas se dirige hacia la cama. Entonces se sale fuera, pero no tan á escondidas que ella no le eche de ver. Instruída de lo ejecutado por su marido, reprime la voz sin mostrarse avergonzada, y hace como que no repara en ello; pero se resuelve desde el momento mismo á vengarse de Candaules, porque, no solamente entre los lidios, sino entre casi todos los bárbaros, se tiene por grande infamia el que un hombre se deje ver desnudo, cuanto más una mujer.

XI. Entretanto, pues, sin darse por entendida, estúvose toda la noche quieta y sosegada; pero al amanecer del otro día, previniendo á ciertos criados, que sabía eran los más leales y adictos á su persona, hizo llamar á Giges, el cual vino, inmediatamente, sin la menor sospecha de que la reina hubiese descubierto nada de cuanto la noche antes había pasado, porque bien á menudo solía presentarse siendo llamado de orden suya. Luego que llegó, le habló de esta manera:—«No hay remedio, Giges; es preciso que escojas, de los dos partidos que voy á proponerte, el que más quieras seguir. Una de dos: ó me has de recibir por tu mujer, y apoderarte del Imperio de los lidios, dando muerte á Candaules, ó será preciso que aquí mismo mueras al momento, no sea que en lo sucesivo le obedezcas ciegamente y vuelvas á contemplar lo que no te es lícito ver. No hay otra alternativa; es forzoso que muera quien tal ordenó, ó aquél que, violando la majestad y el decoro, puso en mí los ojos estando desnuda.»

Atónito Giges, estuvo largo rato sin responder, y luego la suplicó del modo más enérgico no quisiese obligarle por la fuerza á escoger ninguno de los dos extremos. Pero, viendo que era imposible disuadirla, y que se hallaba realmente en el terrible trance, ó de dar la muerte por su mano á su señor, ó de recibirla él mismo de mano servil, quiso más matar que morir, y la preguntó de nuevo:—«Decidme, señora: ya que me obligáis contra toda mi voluntad á dar la muerte á vuestro esposo, ¿cómo podremos acometerle?»—«¿Cómo?—le responde ella.—En el mismo sitio que me prostituyó desnuda á tus ojos; allí quiero que le sorprendas dormido.»

XII. Concertados así los dos, y venida que fué la noche, Giges, á quien durante el día no se le perdió nunca de vista, ni se le dió lugar para salir de aquel apuro, obligado sin remedio á matar á Candaules ó morir, sigue tras de la reina, que le conduce á su aposento, le pone la daga en la mano, y le oculta detrás de la misma puerta. Saliendo de allí Giges, acomete y mata á Candaules dormido, con lo cual se apodera de su mujer y del reino juntamente.

XIII. Apoderado así Giges del reino, fué confirmado en su posesión por el oráculo de Delfos. Porque como los lidios, haciendo grandísimo duelo del suceso trágico de Candaules, tomaron las armas para su venganza, juntáronse con ellos, en un congreso, los partidarios de Giges, y quedó convenido que si el oráculo declaraba que Giges fuese rey de los lidios, reinase en hora buena ; pero que, si no, que se restituyese el mando á los heráclidas. El oráculo otorgó á Giges el reino, en el cual se consolidó pacíficamente, si bien no dejó la Pitia de añadir, que se reservaba á los heráclidas su satisfacción y venganza, la cual alcanzaría al quinto descendiente de Giges ; vaticinio de que ni los lidios ni los mismos reyes después, hicieron caso alguno, hasta que, con el tiempo, se viera realizado.

XIV. De esta manera, vuelvo á decir, tuvieron los mérmnadas el cetro que quitaron á los heráclidas.

Apoderado del mando este monarca hizo una expedición contra Mileto, otra contra Esmirna, y otra contra Colofón, cuya última plaza tomó á viva fuerza. Pero ya que en el largo espacio de treinta y ocho años, que duró su reinado, ninguna otra hazaña hizo de valor, contentos nosotros con lo que llevamos referido, le dejaremos aquí.

XV. Su hijo y sucesor Ardis rindió con las armas á Prinea, y pasó con sus tropas contra Mileto. Durante su reinado, los cimérios, viéndose arrojar de sus casas y asientos por los escitas nómades, pasaron el Asia Menor, y rindieron con las armas á la ciudad de Sardes, si bien no llegaron á tomar la ciudadela.

XVI. Después de haber reinado Ardis cuarenta y nueve años, tomó el mando su hijo Sadiates, que lo disfrutó doce y lo dejó á Aliates. Este hizo la guerra á Ciaxares, uno de los descendientes de Dejoces, y, al mismo tiempo, á los medos. Echó del Asia Menor á los cimérios, tomó á Esmirna, colonia que era de Colofón, y llevó sus armas contra la ciudad de Clazómenas ;

expedición de que no salió como quisiera, pues tuvo que retirarse con mucha pérdida y descalabro.

XXII. A Periandro, de quien acabo de hacer mención, por haber dado á Trasibulo el aviso acerca del oráculo,

XXIII. dicen los corintios, y en lo mismo convienen los de Lesbos, que siendo señor de Corinto, le sucedió la más rara y maravillosa aventura ; quiero decir la de Arión, natural de Metimna, cuando fué llevado á Ténaro sobre las espaldas de un delfín. Este Arión era uno de los más famosos músicos citaristas de su tiempo, y el primer poeta ditirámbico de que se tenga noticia ; pues él fué quien inventó el ditirambo, y dándole este nombre, lo enseñó en Corinto.

XXIV. La cosa suele contarse así : Arión, habiendo vivido mucho tiempo en la corte al servicio de Periandro, quiso hacer un viaje á Italia y á Sicilia, como, efectivamente, lo ejecutó por mar ; y después de haber juntado allí grandes riquezas, determinó volverse á Corinto. Debiendo embarcarse en Tarento, fletó un barco corintio, porque de nadie se fiaba tanto como de los hombres de aquella nación. Pero los marineros, estando en alta mar, formaron el designio de echarle al agua, con el fin de apoderarse de sus tesoros. Arión entiende la trama, y les pide que se contenten con su fortuna, la cual les cederá muy gustoso, con tal de que no le quiten la vida. Los marineros, sordos á sus ruegos, solamente le dieron á escoger, entre matarse con sus propias manos, y así lograría ser sepultado después en tierra, ó arrojarse inmediatamente al mar. Viéndose Arión reducido á tan estrecho apuro, pidióles por favor le permitieran ataviarse con sus mejores vestidos, y entonar antes de morir una canción sobre la cubierta de la nave, dándoles palabra de matarse, por su misma mano, luego de haberla concluído. Convinieron en ello los corintios deseosos de disfrutar un buen rato oyendo cantar al músico más afamado de su tiempo ; y con este fin dejaron todos la popa y se vinieron á oírle en medio del barco. Entonces, el astuto Arión, adornado maravillosamente y puesto el pie sobre la cubierta con la cítara en la mano, cantó una composición melodiosa, llamada el *Nomo orthio*, y habiéndola concluído, se arrojó de repente al mar. Los marineros, dueños de sus despojos, continuaron su navegación á Corinto, mientras un delfín—según nos cuentan,— tomó sobre sus espaldas al célebre cantor y lo condujo salvo á Ténaro. Apenas puso Arión en tierra los pies, se fué en derechura

á Corinto, vestido con el mismo traje, y refirió lo que acababa de suceder.

Periandro, que no daba entero crédito al cuento de Arión, aseguró su persona, y le tuvo custodiado hasta la llegada de los marineros. Luego que ésta se verificó, los hizo comparecer delante de sí, y les preguntó si sabrían darle alguna noticia de Arión. Ellos le respondieron que se hallaba perfectamente en Italia y que le habían dejado sano y bueno en Tarento. Al decir esto, de repente comparece á su vista Arión, con los mismos adornos con que se había precipitado en el mar; de lo que aturdidos ellos, no acertaron á negar el hecho y quedó demostrada su maldad. Esto es lo que refieren los corintios y lesbios; y en Ténaro se ve una estatua de bronce, no muy grande, en la cual es representado Arión bajo la figura de un hombre montado en un delfín.

XXV. Volviendo á la historia, diré, que Aliates dió fin, con su muerte, á un reinado de cincuenta y siete años, y que fué el segundo de su familia que contribuyó á enriquecer el templo de Delfos; pues en acción de gracias, por haber salido de su enfermedad, consagró un gran vaso de plata con su basera de hierro colado, obra de Glauco, natural de Chío—el primero que inventó la soldadura de hierro,—y la ofrenda más vistosa de cuantas hay en Delfos.

XXVI. Por muerte de Aliates entró á reinar su hijo Creso á la edad de treinta y un años, y tomando las armas acometió á los de Efeso, y, sucesivamente, á los demás griegos. Entonces fué cuando los efesios, viéndose por él sitiados, consagraron su ciudad á Diana, atando desde su templo una soga que llegase hasta la muralla, siendo la distancia no menos que de siete estadios, pues á la sazón la ciudad vieja, que fué la sitiada, distaba tanto del templo. El monarca lidio hizo después la guerra por su turno á los jonios y á los eolios, valiéndose de diferentes pretextos, algunos bien frívolos, y aprovechando todas las ocasiones de engrandecerse.

XXVII.—Conquistados ya los griegos del continente del Asia, y obligados á pagarle tributo, formó de nuevo el proyecto de construir una escuadra y atacar á los isleños, sus vecinos. Tenía ya todos los materiales á punto para dar principio á la construcción, cuando llegó á Sardes Biante el de Priena, según dicen algunos, ó, según dicen otros, Pitaco el de Mitilene. Preguntando por Creso si en la Grecia había algo de nuevo, respondió que los isleños

reclutaban hasta diez mil caballos, resueltos á emprender una expedición contra Sardes. Creyendo Creso que se le decía la verdad sin disfraz alguno:—¡ Ojalá—exclamó,—que los dioses inspirasen á los isleños el pensamiento de hacer una correría contra mis lidios, superiores por su genio y destreza á cuantos manejan caballos!—Bien se echa de ver, señor—replicó el sabio,—el vivo deseo que os anima de pelear á caballo contra los isleños en tierra firme; y en eso tenéis mucha razón. Pues, ¿qué otra cosa pensáis vos que desean los isleños, oyendo que vais á construir esas naves, sino poder atrapar á los lidios en alta mar, y vengar así los agravios que estáis haciendo á los griegos del continente, tratándolos como vasallos y aun como esclavos?—Dicen que el apólogo de aquel sabio pareció á Creso muy ingenioso, y cayéndole mucho en gracia la ficción, tomó el consejo de suspender la fábrica de sus naves y de concluir con los jonios de las islas un tratado de amistad.

XXVIII. Todas las naciones que moran más acá del río Halis, fueron conquistadas por Creso y sometidas á su gobierno, á excepción de los cílices, y de los licios. Su Imperio se componía por consiguiente, de los lidios, frigios, misios, mariandinos, chalibes, paflagonios, tracios, tinios y bitinios; como también de los carios, jonios, eolios y panfilios.

XXIX. Como la corte de Sardes se hallase, después de tantas conquistas, en la mayor opulencia y esplendor, todos los varones sabios, que á la sazón vivían en Grecia, emprendían sus viajes para visitarla en el tiempo que más convenía á cada uno. Entre todos ellos, el más célebre fué el ateniense Solón; el cual, después de haber compuesto un código de leyes por orden de sus ciudadanos, so color de navegar y recorrer diversos países, se ausentó de su patria por diez años, pero, en realidad, fué por no tener que abrogar ninguna ley de las que dejaba establecidas, puesto que los atenienses, obligados con los más solemnes juramentos á la observancia de todas las que les había dado Solón, no se consideraban en estado de poder revocar ninguna por sí mismos.

XXX. Estos motivos y el deseo de contemplar y ver mundo, hicieron que Solón partiese de su patria y fuese á visitar al rey Amasis en Egipto, y al rey Creso en Sardes. Este último le hospedó en su palacio, y, al tercero ó cuarto día de su llegada, dió orden á sus cortesanos para que mostrasen al nuevo huésped

todas las riquezas y preciosidades que se encontraban en su tesoro. Luego que todas las hubo visto y observado prolijamente por el tiempo que quiso, le dirigió Creso este discurso :—«Ateniense, á quien de veras aprecio y cuyo nombre ilustre tengo bien conocido por la fama de tu sabiduría y ciencia política, y por lo mucho que has visto y observado con la mayor diligencia : respóndeme, caro Solón, á la pregunta que voy á dirigirte. Entre tantos hombres, ¿has visto alguno hasta ahora completamente dichoso?»—Creso hacía esta pregunta porque se creía el más afortunado del mundo. Pero Solón, enemigo de la lisonja, y que solamente conocía el lenguaje de la verdad, le respondió :—«Sí, señor, he visto á un hombre feliz en Tello el ateniense.»—Admirado el rey, insta de nuevo :—¿Y por qué motivo juzgas á Tello el más venturoso de todos?—Por dos razones, señor—le responde Solón ;—la una, porque floreciendo su patria, vió prosperar á sus hijos, todos hombres de bien, y crecer á sus nietos en medio de la más risueña perspectiva ; y la otra, porque gozando en el mundo de una dicha envidiable, le cupo la muerte más gloriosa, cuando en la batalla de Eleusina, que dieron los atenienses contra los fronterizos, ayudando á los suyos y poniendo en fuga á los enemigos, murió en el campo del honor con las armas victoriosas en la mano, mereciendo que la patria le distinguiese con una sepultura pública en el mismo sitio en que había muerto.

XXXI. Excitada la curiosidad de Creso por este discurso de Solón, le preguntó, nuevamente, á quién consideraba, después de Tello, el segundo entre los felices, no dudando que, al menos, este lugar le sería adjudicado. Pero Solón le respondió :—«A dos argivos llamados Cleobis y Bitón. Ambos gozaban en su patria una decente medianía, y eran, además, hombres robustos y valientes, que habían obtenido coronas en los juegos y fiestas públicas de los atletas. También se refiere de ellos, que, como en una fiesta que los argivos hacían á Juno, fuese ceremonia legítima el que su madre hubiese de ser llevada al templo en un carro tirado por bueyes, y éstos no hubiesen llegado del campo á la hora precisa, los dos mancebos, no pudiendo esperar más, pusieron bajo el yugo sus mismos cuellos y arrastraron el carro en que su madre venía sentada, por el espacio de cuarenta y cinco estadios, hasta que llegaron al templo con ella.

»Habiendo dado al pueblo que á la fiesta concurría este tierno espectáculo, les sobrevino el término de su carrera del modo

» más apetecible y más digno de envidia ; queriendo mostrar en
 » ellos el cielo que á los hombres á veces les conviene más morir
 » que vivir. Porque como los ciudadanos de Argos, rodeando á los
 » dos jóvenes, celebrasen, encarecidamente, su resolución, y las
 » ciudadanas, llamasen dichosa á la madre que les había dado el
 » ser, ella, muy complacida, por aquel ejemplo de piedad filial, y
 » muy ufana con los aplausos, pidió á la diosa Juno delante de su
 » estatua que se dignase conceder á sus hijos Cleobis y Bitón, en
 » premio de haberla honrado tanto, la mayor gracia que ningún
 » mortal hubiese jamás recibido. Hecha esta súplica, asistieron los
 » dos al sacrificio y al espléndido banquete, y después se fueron
 » á dormir en el mismo lugar sagrado, donde les cogió un sueño
 » tan profundo que nunca más despertaron de él. Los argivos hon-
 » raron su memoria y dedicaron sus retratos en Delfos, considerán-
 » dolos como á unos varones esclarecidos.»

XXXII. A éstos daba Solón el segundo lugar entre los felices ; oyendo lo cual Creso, exclamó conmovido :— «¿ Conque apreciáis en tan poco, amigo ateniense, la prosperidad que disfruto, que ni siquiera me contáis por feliz al lado de esos hombres vulgares?—¿ Y á mí—replicó Solón,—me hacéis esa pregunta, á mí, que sé muy bien cuán envidiosa es la fortuna, y cuán amiga es de trastornar á los hombres? Al cabo de largo tiempo puede suceder, fácilmente, que uno vea lo que no quisiera, y sufra lo que no temía.»

» Supongamos setenta años el término de la vida humana. La
 » suma de sus días será de veinticinco mil y doscientos, sin entrar en ella ningún mes intercalado. Pero si uno quiere añadir un mes cada dos años, con la mira de que las estaciones vengan á su debido tiempo, resultarán treinta y cinco meses, intercalados. y, por ellos, mil cincuenta días más. Pues, en todos estos días de que constan los setenta años, y que ascienden al número de veintiséis mil doscientos y cincuenta, no se hallará uno solo que por la identidad de sucesos sea enteramente parecido á otro. La vida del hombre ¡ oh, Creso !, es una serie de calamidades. En el día sois un monarca poderoso y rico, á quien obedecen muchos pueblos ; pero no me atrevo á daros aún ese nombre que ambicionáis, hasta que no sepa cómo habéis terminado el curso de vuestra vida. Un hombre, por ser muy rico, no es más feliz que otro que sólo cuenta con la subsistencia diaria, si la fortuna no le concede disfrutar hasta el fin de su primera dicha. ¿ Y cuán-

»tos infelices vemos entre los hombres opulentos, al paso que muchos con un moderado patrimonio gozan de la felicidad?

»El que siendo muy rico es infeliz, en dos cosas aventaja, solamente, al que es feliz, pero no rico. Puede, en primer lugar, satisfacer todos sus antojos; y en segundo, tiene recursos para hacer frente á los contratiempos. Pero el otro le aventaja en muchas cosas; pues, además de que su fortuna le preserva de aquellos males, disfruta de buena salud, no sabe qué son trabajos, tiene hijos honrados en quienes se goza, y se halla dotado de una hermosa presencia. Si á esto se añade que termine bien su carrera, ved aquí el hombre feliz que buscáis; pero antes que uno llegue al fin, conviene suspender el juicio y no llamarle feliz. Désele entretanto, si se quiere, el nombre de afortunado.

»Pero es imposible que ningún mortal reúna todos estos bienes: porque así como ningún país produce cuanto necesita, abundando de unas cosas y careciendo de otras, y teniéndose por mejor aquél que da más de su cosecha, del mismo modo no hay hombre alguno que de todo lo bueno se halle provisto: y cualquiera que, constantemente, hubiese reunido mayor parte de aquellos bienes, si después lograre una muerte plácida y agradable, éste, señor, es para mí quien merece con justicia el nombre de dichoso. En suma, es menester contar siempre con el fin: pues hemos visto, frecuentemente, desmoronarse la fortuna de los hombres á quienes Dios había ensalzado más.»

XXXIII. Este discurso, sin mezcla de adulación ni de cortesanos miramientos, desagradó á Creso, el cual despidió á Solón, teniéndole por un ignorante que, sin hacer caso de los bienes presentes, fijaba la felicidad en el término de las cosas.

XXXIV. Después de la partida de Solón, la venganza del cielo se dejó sentir sobre Creso, en castigo, á lo que parece, de su orgullo por haberse creído el más dichoso de los mortales. Durmiendo una noche le asaltó un sueño en que se le presentaron las desgracias que amenazaban á su hijo. De dos que tenía, el uno era sordo y lisiado; y el otro, llamado Atis, era el más sobresaliente de los jóvenes de su edad. Este perecería traspasado con una punta de hierro si el sueño se verificaba. Cuando Creso despertó se puso lleno de horror á meditar sobre él, y desde luego hizo casar á su hijo y no volvió á encargarle el mando de sus tropas, á pesar de que antes era el que solía conducir á los lidios al combate; ordenando además que los dardos, lanzas y cuantas

armas sirven para la guerra, se retirasen de las habitaciones destinadas á los hombres y se llevasen á los cuartos de las mujeres, no fuese que permaneciendo allí colgadas pudiese alguna caer sobre su hijo.

XXXV. Mientras Creso disponía las bodas, llegó á Sardes un frigio de sangre real, que había tenido la desgracia de ensangrentar sus manos con un homicidio involuntario. Puesto en la presencia del rey, le pidió se dignase purificarle de aquella mancha, lo que ejecutó Creso según los ritos del país, que en esta clase de expansiones son muy parecidos á los de la Grecia. Concluida la ceremonia, y deseoso de saber quién era y de dónde venía, le habló así :

—¿Quién eres, desgraciado? ¿de qué parte de Frigia vienes? ¿y á qué hombre ó mujer has quitado la vida?—Soy—respondió el extranjero,—hijo de Midas, y nieto de Gordio: me llamo Adrasto; maté, sin querer, á un hermano mío, y arrojado de la casa paterna, falto de todo auxilio, vengo á refugiarme á la vuestra.

—Bien venido seas—le dijo Creso,—pues eres de una familia amiga, y aquí nada te faltará. Sufre la calamidad con buen ánimo, y te será más llevadera.—Adrasto se quedó hospedado en el palacio de Creso.

XXXVI. Por el mismo tiempo, un jabalí enorme del monte Olimpo, devastaba los campos de los misios; los cuales, tratando de perseguirle en vez de causarle daño, lo recibían de él nuevamente. Por fin, enviaron sus diputados á Creso, rogándole que les diese al príncipe su hijo con algunos mozos escogidos y perros de caza para matar aquella fiera. Creso, renovando la memoria del sueño, les respondió:—«Con mi hijo no contéis, porque es novio y no quiero distraerle de los cuidados que ahora le ocupan; os daré, sí, todos mis cazadores con sus perros, encargándoles hagan con vosotros los mayores esfuerzos para ahuyentar de vuestro país el formidable jabalí.»

XXXVII. Poco satisfechos quedaron los misios con esta respuesta, cuando llegó el hijo de Creso, é informado de todo, habló á su padre en estos términos:—«En otro tiempo, padre mío, la guerra y la caza me presentaban honrosas y brillantes ocasiones donde acreditar mi valor; pero ahora me tenéis separado de ambos ejercicios, sin haber dado yo muestras de flojedad ni de cobardía. ¿Con qué cara me dejaré ver en la Corte de

»aquí en adelante al ir y volver del foro y de las concurrencias públicas? ¿En qué concepto me tendrán los ciudadanos? ¿Qué pensará de mí la esposa con quien acabo de unir mi destino? Permittedme, pues, que asista á la caza proyectada ó decidme por qué razón no me conviene ir á ella.»

XXXVIII.—«Yo, hijo mío—respondió Creso,—no he tomado estas medidas por haber visto en ti cobardía, ni otra cosa que pudiese desagradarme. Un sueño me anuncia que morirás en breve traspasado por una punta de hierro. Por esto aceleré tus bodas, y no te permito ahora ir á la caza, por ver si logro, mientras viva, libertarte de aquel funesto presagio. No tengo más hijo que tú, pues, el otro, sordo y estropeado, es como si no le tuviera.»

XXXIX Es justo—replicó el joven,—que se os disimule vuestro temor y la custodia en que me habéis tenido después de un sueño tan aciago; mas permittedme, señor, que os interprete la visión, ya que parece que no la habéis comprendido. Si me amenaza una punta de hierro, ¿qué puedo temer de los dientes y garras de un jabalí? Y puesto que no vamos á lidiar con hombres, no pongáis obstáculo á mi marcha.

XL. Veo—dijo Creso,—que me aventajas en la inteligencia de los sueños. Convencido de tus razones, mudo de dictamen, y te doy permiso para que vayas á cazar.

XLI. En seguida llamó á Adrasto, y le dijo:—No pretendo, amigo mío, echarte en cara tu desventura: bien sé que no eres ingrato. Recuérdote, solamente, que me debes tu expiación, y que, hospedado en mi palacio, te proveo de cuanto necesitas. Ahora, en cambio, exijo de ti que te encargues de la custodia de mi hijo en esta cacería, no sea que en el camino salgan ladrones á dañaros. A ti, además, te conviene una expedición en que podrás acreditar el valor heredado de tus mayores y la fuerza de tu brazo.

XLII. Nunca, señor—respondió Adrasto,—entraría de buen grado en ésta que pudiendo llamarse partida de diversión desdice del miserable estado en que me veo, y por eso heme abstenido hasta de frecuentar la sociedad de los jóvenes afortunados; pero, agradecido á vuestros beneficios, y, debiendo corresponder á ellos, estoy pronto á ejecutar lo que me mandáis, y quedad seguro de que desempeñaré con todo esmero la custodia de vuestro hijo, para que torne sano y salvo á vuestra casa.

XLIII. Dichas estas palabras, parten los jóvenes, acompañados de una tropa escogida y provistos de perros de caza. Llegados á las sierras del Olimpo, buscan la fiera, la levantan y rodean, y disparan contra ella una lluvia de dardos. En medio de la confusión quiere la fortuna ciega que el huésped, purificado por Creso de su homicidio, el desgraciado Adrasto, disparando un dardo contra el jabalí, en vez de dar en la fiera, dé en el hijo mismo de su bienhechor, en el príncipe infeliz que, traspasado con aquella punta, cumple, muriendo, la predicción del sueño de su padre. Al momento despachan un correo para Creso con la nueva de lo acaecido, el cual, llegado á Sardes, da cuenta del choque y de la infausta muerte de su hijo.

XLIV. Túrbase Creso al oír la noticia, y se lamenta particularmente de que haya sido el matador de su hijo aquél cuyo homicidio había él expiado. En el arrebató de su dolor invoca al dios de la expiación, al dios de la hospitalidad, al dios que preside las íntimas amistades, nombrando con estos títulos á Júpiter, y poniéndole por testigo de la paga atroz que recibe de aquél cuyas manos ensangrentadas ha purificado, y á quien ha recibido como huésped bajo su mismo techo, y que, escogido para compañero y custodio de su hijo, se había mostrado su mayor enemigo.

XLV. Después de estos lamentos llegan los lidios con el cadáver, y detrás el matador, el cual, puesto delante de Creso, le insta, con las manos extendidas, para que le sacrifique sobre el cuerpo de su hijo, renovando la memoria de su primera desventura, y diciendo que ya no debe vivir, después de haber dado la muerte á su mismo expiador. Pero Creso, á pesar del sentimiento y luto doméstico que le aflige, se compadece de Adrasto y le habla en estos términos:—Ya tengo, amigo, toda la venganza y desagravio que pudiera desear, en el hecho de ofrecerte á morir tú mismo. Pero, ¡ ah! no es tuya la culpa, sino el destino, y quizá de la deidad misma que me pronosticó en el sueño lo que había de suceder.

Creso hizo los funerales de su hijo con la pompa correspondiente; y el infeliz hijo de Midas y nieto de Gordio, el homicida involuntario de su hermano y del hijo de su expiador, el fugitivo Adrasto, cuando vió quieto y solitario el lugar del sepulcro, condenándose, á sí mismo, por el más desdichado de los hombres, se degolló sobre el túmulo con sus propias manos.

XLVI. Creso, privado de su hijo, cubrióse de luto por dos años, al cabo de los cuales, reflexionando que el Imperio de Asiatias, hijo de Ciaxares, había sido destruído por Ciro, hijo de Cambises, y que el poder de los persas iba creciendo de día en día, suspendió su llanto y se puso á meditar sobre los medios de abatir la dominación persa, antes que llegara á la mayor grandeza. Con esta idea quiso hacer prueba de la verdad de los oráculos, tanto de la Grecia como de la Libia, y despachó diferentes comisionados á Delfos, á Abas, lugar de los focios, y á Dodona, como también á los oráculos de Anfiarao y de Trofonio, y al que hay en Branchidas, en el territorio de Mileto. Estos fueron los oráculos que consultó en la Grecia, y asimismo envió sus diputados al templo de Ammón en la Libia. Su objeto era explorar lo que cada oráculo respondía, y si los hallaba conformes, consultarles después si emprendería la guerra contra los persas.

XLVII. Antes de marchar, dió á sus comisionados estas instrucciones : que llevasen bien la cuenta de los días, empezando desde el primero que saliesen de Sardes ; que al centésimo consultasen el oráculo en estos términos : «¿ En qué cosas se está ocupando, en este momento, el rey de los lidios, Creso, hijo de Aliates?» y que tomándolas por escrito le trajesen la respuesta de cada oráculo. Nadie refiere lo que los demás oráculos respondieran ; pero en Delfos, luego que los lidios entraron en el templo é hicieron la pregunta que se les había mandado, respondió la Pitia con estos versos :

Sé del mar la medida, y de su arena
El número contar. No hay sordo alguno
A quien no entienda ; y oigo al que no habla.
Percibo la fragancia que despide
La tortuga cocida en la vasija
De bronce, con la carne de cordero,
Teniendo bronce abajo, y bronce arriba.

XLVIII. Los lidios, tomando estos versos de la boca profética de la Pitia, los pusieron por escrito, y volviéronse con ellos á Sardes. Llegaban, entretanto, las respuestas de los otros oráculos, ninguna de las cuales satisfizo á Creso. Pero, cuando halló la de Delfos, la recibió con veneración, persuadido de que allí sólo residía un verdadero numen, pues ningún otro sino él había dado con la verdad. El caso era, que llegado el día prescrip-

to á los comisionados para la consulta de los dioses, discurrió Cresos una ocupación que fuese difícil de adivinar, y partiendo en varios pedazos una tortuga y un cordero, se puso á cocerlo en una vasija de bronce, tapándola con una cobertera del mismo metal.

XLIX. Esta ocupación, era conforme á la respuesta de Delfos. La que dió el oráculo de Anfiarao á los lidios que le consultaron sin faltar á ninguna de las ceremonias usadas en aquel templo, no puede decirse cuál fuere ; y sólo se refiere que por ella quedó persuadido Cresos de que también aquel oráculo gozaba del don de profecía.

L. Después de esto, procuró Cresos ganarse el favor de la deidad que reside en Delfos, á fuerza de grandes sacrificios, pues por una parte subieron hasta el número de tres mil las víctimas escogidas que allí ofreció, y por otra mandó levantar una grande pira de lechos dorados y plateados, de tazas de oro, de vestidos y túnicas de púrpura, y después la pegó fuego, ordenando también á todos los lidios que cada uno se esmerase en sus sacrificios cuanto les fuera posible. Hecho esto, mandó derretir una gran cantidad de oro y fundir con ella unos como medios ladrillos, de los cuales, los más largos, eran de seis palmos, y los más cortos, de tres, teniendo de grueso un palmo. Todos componían el número de ciento diecisiete. Entre ellos había cuatro de oro acrisolado que pesaba cada uno dos talentos y medio ; los demás ladrillos, de oro blanquecino, eran del peso de dos talentos. Labró también de oro refinado la efigie de un león, del peso de diez talentos. Este león, que al principio se hallaba erigido sobre los medios ladrillos, cayó de su base cuando se quemó el templo de Delfos, y, al presente, se halla en el tesoro de los colimpios, pero con sólo el peso de seis talentos y medio, habiendo mermado tres y medio que el incendio consumió.

LI. Fabricados estos dones, envió Cresos, juntamente con ellos, otros regalos, que consistían en dos grandes tazas, la una de oro y la otra de plata. La de oro estaba á mano derecha, al entrar en el templo, y la de plata á la izquierda ; si bien ambas, después de abrasado el templo, mudaron también de lugar ; pues la de oro, que pesaba ocho talentos y medio y doce minas más, se guarda en el tesoro de los plazomenios ; y la de plata en un ángulo del portal al entrar en el templo, la cual tiene de cabida seiscientos cántaros, y en ella vierten los de Delfos el vino en la fiesta de la *Teofanía*. Dicen ser obra de Teodoro Samio, y lo

creo así, pues no me parece por su mérito pieza de artífice común. Envió asimismo cuatro tinajas de plata, depositadas, actualmente, en el tesoro de los de Corinto; y consagró, también, dos aguamaniles, uno de oro y otro de plata. En el último se ve grabada esta inscripción: «*Don de los lacedemonios*», los cuales dicen ser suya la dádiva; pero lo dicen sin razón, siendo una de las ofrendas de Creso. La verdad es que cierto sujeto de Delfos, cuyo nombre conozco, aunque no lo manifestaré, le puso aquella inscripción, queriéndose congraciar con los lacedemonios. El niño, por cuya mano sale el agua, sí que es don de los lacedemonios, no siéndolo ninguno de los aguamaniles. Muchas otras dádivas envió Creso que nada tenían de particular, entre ellas ciertos globos de plata fundida, y una estatua de oro de una mujer, alta tres codos, que dicen los delfios ser la panadera de Creso. Ofreció también el collar de oro y los cinturones de su mujer.

LII. Informado Creso del valor de Anfiarao y de su desastroso fin, le ofreció un escudo, todo él de oro puro, y, juntamente, una lanza de oro macizo, con el asta del mismo metal. Entrambas ofrendas se conservan hoy en Tebas, guardadas en el templo de Apolo Ismenio.

LIII. Los lidios encargados de llevar á los templos estos dones, recibieron orden de Creso para hacer á los oráculos la siguiente pregunta:—«Creso, monarca de los lidios y de otras naciones, bien seguro de que son solos vuestros oráculos los que hay en el mundo verídicos, os ofrece estas dádivas, debidas á vuestra divinidad y numen profético, y os pregunta de nuevo, si será bien emprender la guerra contra los persas, y juntar, para ella, algún ejército confederado.»—Ambos oráculos convinieron en una misma respuesta, que fué la de pronosticar á Creso, que si movía sus tropas contra los persas acabaría con un grande Imperio; y le aconsejaron que, informado primero de cuál pueblo entre los griegos fuese el más poderoso, hiciese con él un tratado de alianza.

LIV. Sobremanera contento Creso con la respuesta, y envanecido con la esperanza de arruinar el Imperio de Ciro, envió nuevos diputados á la ciudad de Delfos, y averiguado el número de sus moradores, regaló á cada uno dos monedas ó *estateras* de oro.

En retorno, los delfios dieron á Creso y á los lidios la prerrogativa en las consultas, la presidencia de las juntas, la inmuni-

dad en las aduanas y el derecho perpetuo de filiación á cualquier lidio que quisiere ser su conciudadano.

LIV. Tercera vez consultó Creso el oráculo, por hallarse bien persuadido de su veracidad. La pregunta estaba reducida á saber si sería largo su reinado, á la cual respondió la Pitia de este modo :

Cuando el rey de los medos fuere un mulo,
Huye entonces al Hermo pedregoso,
¡ Oh, lidio delicado ! y no te quedes
A mostrarte cobarde y sin vergüenza.

LVI. Cuando estos versos llegaron á noticia de Creso, holgóse más con ellos que con los otros, persuadido de que nunca por un hombre reinaría entre los medos un mulo, y que, por lo mismo, ni él ni sus descendientes dejarían jamás de mantenerse en el trono. Pasó después á averiguar con mucho esmero quiénes de entre los griegos fuesen los más poderosos, á fin de hacerlos sus amigos, y, por los informes halló, que sobresalían, particularmente, los lacedemonios y los atenienses, aquéllos entre los dorios, y éstos entre los jonios.

LXXI. Entretanto, Creso, deslumbrado con el oráculo y creyendo acabar, en breve, con Ciro y con el Imperio de los persas, preparaba una expedición contra Capadocia. Al mismo tiempo, cierto lidio llamado Sándamis, respetado ya por su sabiduría y circunspección, y célebre después entre los lidios por el consejo que dió á Creso, le habló de esta manera :—«Veo, señor, »que preparáis una expedición contra unos hombres que tienen »de pieles todo su vestido ; que, criados en una región áspera, no »comen lo que quieren, sino lo que pueden adquirir ; y que no be- »ben vino, ni saben el gusto que tienen los higos, ni manjar al- »guno delicado. Si los venciereis, ¿qué podréis quitar á los que »nada poseen? Pero si sois vencido, reflexionad lo mucho que »tenéis que perder. Yo temo que si llegan una vez á gustar de »nuestras delicias, les tomarán tal afición, que no podremos des- »pués ahuyentarlos. Por mi parte, doy gracias á los dioses de »que no hayan inspirado á los persas el pensamiento de venir »contra los lidios.»—Este discurso no hizo impresión alguna en el ánimo de Creso, á pesar de la exactitud con que pintaba el estado de los persas, los cuales, antes de la conquista de los lidios, ignoraban toda especie de comodidad y regalo.

LXXII. Marchó Creso contra la Capadocia, deseoso de añadir á sus dominios aquel feraz terreno, y, más todavía, de vengarse de Ciro, confiado en las promesas del oráculo. Su resentimiento dimanaba de que Ciro tenía prisionero á Astiages, pariente de Creso, después de haberle vencido en batalla campal. Este parentesco de Creso con Astiages, fué contraído del modo siguiente :

LXXIII. Una partida de escitas pastores, con motivo de una sedición doméstica, se refugió en el territorio de los medos en tiempo que reinaba Ciaxares, hijo de Fraortes y nieto de Déjoces. Este monarca los recibió, al principio, benignamente y como á unos infelices que se acogían á su protección ; y en prueba del aprecio que de ellos hacía, les confió ciertos mancebos para que aprendiesen su lengua y el manejo del arco. Pasando algún tiempo, como ellos fuesen á menudo á cazar, y siempre volviesen con alguna presa, un día quiso la mala suerte que no trajesen nada. Vueltos así con las manos vacías, Ciaxares, que no sabía reportarse en los ímpetus de la ira, los recibió ásperamente y los llenó de insultos. Ellos, que no creían haber merecido semejante ultraje, determinaron vengarse de él, haciendo pedazos á uno de los jóvenes, sus discípulos, al cual, guisado del mismo modo que solían guisar la caza, se le dieron á comer á Ciaxares, y á sus convidados, y al punto huyeron con toda diligencia á Sardes, ofreciéndose al servicio de Aliates.

LXXIV. De este principio, no queriendo después Aliates entregar los escitas á pesar de las reclamaciones de Ciaxares, se originó, entre los lidios y medos, una guerra que duró cinco años, en cuyo tiempo la victoria se declaró, alternativamente, por unos y otros. En las diferentes batallas que se dieron, hubo una nocturna en el año sexto de la guerra que ambas naciones proseguían con igual suceso, porque en medio de la batalla misma se les convirtió el día, repentinamente, en noche ; mutación que Tales Milesio había predicho á los jonios, fijando el término de ella en aquel año mismo en que sucedió. Entonces, lidios y medos, viendo el día convertido en noche, no sólo dejaron la batalla comenzada, sino que, tanto los unos como los otros, se apresuraron á poner fin á sus discordias con un tratado de paz. Los intérpretes y medianeros de esta pacificación fueron Siémnesis el Cilice, y Labineto de Babilonia, los cuales, no sólo les negociaron la reconciliación mutua, sino que aseguraron la paz, uniéndolos con el

vínculo del matrimonio ; pues ajustaron que Aliates diese su hija Arienis por mujer á Astiages, hijo de Ciaxares. Entre estas naciones las ceremonias solemnes de la confederación vienen á ser las mismas que entre los griegos, y sólo tienen de particular que, haciéndose en los brazos una ligera incisión, se lamen mutuamente la sangre.

LXXV. Astiages, como he dicho, fué á quien Ciro venció, y, por más que era su abuelo materno, le tuvo prisionero por los motivos que significaré después á su tiempo y lugar. Irritado Creso contra el proceder de Ciro, envió primero á saber de los oráculos si sería bien emprender la guerra contra los persas ; y, persuadido de que la respuesta capciosa que le dieron, era favorable á sus intentos, emprendió después aquella expedición contra una provincia persa.

Luego que llegó Creso al río Halis, pasó su ejército por los puentes que, según mi opinión, allí mismo había, á pesar de que los griegos refieren que fué Tales Milesio quien le facilitó el modo de pasarle, porque dicen que no sabiendo Creso cómo haría para que pasasen sus tropas á la otra parte del río, por no existir entonces los puentes que hay ahora, Tales, que se hallaba en el campo, le dió un expediente para que el río que corría á la siniestra del ejército corriese también á la derecha. Dicen que por más arriba de los reales hizo abrir un cauce profundo, que, en forma de semicírculo, cogiese al ejército por las espaldas, y que así extrajo una parte del agua y volvió á introducirla en el río por más abajo del campo, con lo cual, formándose dos corrientes, quedaron ambas igualmente vadeables ; y aun quieren algunos que la madre antigua quedase del todo seca, con lo que yo no me conformo, porque entonces, ¿ cómo hubieran podido repasar el río cuando estuviesen de vuelta ?

LXXVI. Habiendo Creso pasado el Halis con sus tropas, llegó á una comarca de Capadocia llamada Pteria, que es la parte más fuerte y segura de todo el país, cerca de Sinope, ciudad situada casi en la costa del Ponto Euxino. Establecido allí su ejército, taló los campos de los sirios, tomó la ciudad de los pterianos, á quienes hizo esclavos, y asimismo otras de su contorno, quitando la libertad y los bienes á los sirios, que en nada le habían agraviado. Entretanto, Ciro, habiendo reunido sus fuerzas y tomado después todas las tropas de las provincias intermedias, venía marchando contra Creso ; y antes de emprender género al-

guno de ofensa, envió sus heraldos á los jonios para ver si los podría separar de la obediencia del monarca lidio, en lo cual no quisieron ellos consentir. Marchó entonces contra el enemigo, y provocándose mutuamente luego que llegaron á verse, embistiéronse en Pteria los dos ejércitos y se trabó una acción general en la que cayeron muchos de una y otra parte, hasta que, por último, los separó la noche sin declararse por ninguno la victoria. Tanto fué el valor con que entrambos pelearon.

LXXVII. Creso, poco satisfecho del suyo, por ser el número de sus tropas inferior á las de Ciro, viendo que éste dejaba de acometerle al día siguiente, determinó volver á Sardes con el designio de llamar á los egipcios, en conformidad del tratado de alianza que había concluído con Amasis, rey de aquel país, aun antes que lo hiciese con los lacedemonios. Se proponía también hacer venir á los babilonios, de quienes entonces era soberano Labineto, y pensaba requerir á los lacedemonios, para que estuviesen prontos el día que se les señalase. Reunidas todas estas tropas con las suyas, estaba resuelto á descansar el invierno y marchar de nuevo contra el enemigo al principio de la primavera. Con este objeto partió para Sardes y despachó á sus aliados unos mensajeros que les previniesen que de allí á cinco meses juntasen sus tropas en aquella ciudad. El, desde luego, licenció el ejército con el cual acababa de pelear contra los persas, siendo de tropas mercenarias: bien lejos de imaginar que Ciro, dada una batalla tan sin ventaja ninguna, se propusiere dirigir su ejército hacia la capital de la Lidia.

LXXVIII. En tanto que Creso tomaba estas medidas, sucedió que todos los arrabales de Sardes se llenaron de sierpes que los caballos, dejando su pasto, se iban comiendo según aquéllas se mostraban. Admirado Creso de este raro portentoso, envió, inmediatamente, unos diputados á consultar con los adivinos de Telmeso. En efecto, llegaron allá; pero, instruidos por los telmesenses de lo que quería decir aquel prodigio, no tuvieron tiempo de participárselo al rey; pues, antes que pudiesen volver de su consulta, ya Creso había sido hecho prisionero. Lo que respondieron los adivinos fué que no tardaría mucho en venir un ejército extranjero contra la tierra de Creso, el cual, en llegando, sujetaría á los naturales; dando por razón de su dicho que la serpiente era un reptil propio del país, siendo el caballo animal guerrero y advenedizo. Esta fué la interpretación que dieron á Creso, á la

sazón ya prisionero, si bien nada sabían ellos entonces de cuanto pasaba en Sardes y con el mismo Creso.

LXXIX. Cuando Ciro vió, después de la batalla de Pteria, que Creso levantaba su campo, y tuvo noticia del ánimo en que se hallaba de despedir las tropas, luego que llegase á su capital, tomó acuerdo sobre la situación de las cosas, y halló que lo más útil y acertado sería marchar cuanto antes con todas sus fuerzas á Sardes, primero que se pudiesen juntar otra vez las tropas lidias. No bien adoptó este partido, cuando lo puso en ejecución caminando con tanta diligencia, que él mismo fué el primer correo que dió el aviso á Creso de su llegada. Este quedó confuso y en el mayor apuro, viendo que la cosa le había salido enteramente al revés de lo que presumía; mas no por eso dejó de presentarse en el campo con sus lidios. En aquel tiempo no había en toda el Asia nación alguna más varonil ni esforzada que la Lidia; y peleando á caballo con grandes lanzas, se distinguía en los combates por su destreza singular.

LXXX. Hay delante de Sardes una llanura espaciosa y elevada donde concurrieron los dos ejércitos. Por ella corren muchos ríos entre ellos el Hillo, y todos van á dar en otro mayor llamado Hermo, el cual, bajando de un monte dedicado á la madre de los dioses, Dindimene, va á desaguar en el mar cerca de la ciudad de Focea. En esta llanura, viendo Ciro á los lidios formados en orden de batalla y temiendo mucho á la caballería enemiga, se valió de cierto ardid que el medo Harpago le sugirió. Mandó reunir cuantos camellos seguían al ejército cargados de víveres y bagajes, y quitándoles las cargas, hizo montar en ellos unos hombres vestidos con el mismo traje que suelen llevar los soldados de á caballo. Dió orden para que estos camellos así prevenidos se pusiesen en las primeras filas delante de la caballería de Creso; que su infantería siguiese después, y que detrás de ésta se formase toda su caballería. Mandó circular por sus tropas la orden de que no diesen cuartel á ninguno de los lidios, y que matasen á todos los que se les pusiesen á tiro; pero que no quitasen la vida á Creso, aun cuando se defendiese con las armas en la mano. La razón que tuvo para poner los camellos enfrente de la caballería enemiga, fué saber que el caballo teme tanto al camello, que no puede contenerse cuando ve su figura ó percibe su olor. Por eso se valió de aquel ardid con la mira de inutilizar la caballería de Creso, que fundaba en ella su mayor confianza.

En efecto, lo mismo fué comenzar la pelea y oler los caballos el tufo, y ver la figura de los camellos, que retroceder al momento y dar en tierra con todas las esperanzas de Creso. Mas no por esto se acobardaron los lidios, ni dejaron de continuar la acción, porque, conociendo lo que era, saltaron de sus caballos y se batieron á pie con los persas. Duró por algún tiempo el choque, en que muchos de una y otra parte cayeron, hasta que los lidios, vueltas las espaldas, se vieron precisados á encerrarse dentro de los muros y sufrir el sitio que luego los persas pusieron á la plaza.

LXXXIII. La toma de Sardes sucedió de esta manera: A los catorce días de sitio mandó Ciro publicar en todo el ejército, por medio de unos soldados de caballería, que el que escalase las murallas, sería largamente premiado. Saliendo inútiles las tentativas hechas por algunos, desistieron los demás de la empresa; y solamente un sardo de nación, llamado Hiréades, se animó á subir por cierta parte de la ciudadela, que se hallaba sin guardia en atención á que, siendo muy escarpado aquel sitio, se consideraba como inexpugnable. Por esta razón, Meles, antiguo rey de Sardes, no había hecho pasar por aquella parte al monstruo León, hijo que tuvo de una concubina, por más que los adivinos de Telmeso le hubiesen vaticinado que, con tal que León girase por los muros, nunca Sardes sería tomada. Meles, en efecto, le condujo por toda la muralla, menos por aquella parte que mira al monte Tmolo, y que se creía inatacable.

LXXXIV. Pero, durante el asedio, viendo Hiréades que un soldado lidio bajaba por aquel paraje á recoger un morrión que se le había caído y volvía á subir, reflexionó sobre esta ocurrencia, y se atrevió al día siguiente á dar por allí el asalto, siendo el primero que subió á la muralla. Después de él hicieron otros persas lo mismo, de manera que habiendo subido gran número de ellos fué tomada la plaza, y entregada la ciudad al saqueo.

LXXXV. Por lo que mira á la persona de Creso, sucedió lo siguiente:—Tenía, como he dicho ya, un hijo que era mudo, pero hábil para todo lo restante. Con el objeto de curarle había practicado cuantas diligencias estaban á su alcance, y habiendo enviado, además, á consultar el caso con el oráculo de Delfos, respondió la Pitia:

¡ Oh, Creso, rey de Lidia y muchos pueblos!,
No con ardor pretendas en tu casa,

Necio, escuchar la voz del hijo amado.
 Mejor sin ella está ; porque si hablare,
 Comenzarán entonces tus desdichas.

Cuando fué tomada la plaza, uno de los persas iba en seguimiento de Creso, á quien no conocía, con intención de matarle ; oprimido el rey con el peso de su desventura, no procuraba evitar su destino, importándole poco morir al filo del alfanje. Pero su hijo, viendo al persa en ademán de descargar el golpe, lleno de agitación hace un esfuerzo para hablar, y exclama :—«Hombre : no mates á Creso.» Esta fué la primera vez que el mudo habló y después conservó la voz todo el tiempo de su vida.

LXXXVI. Los persas, dueños de Sardes, se apoderaron también de la persona de Creso, que habiendo reinado catorce años y sufrido catorce días de sitio, acabó, puntualmente, según el doble sentido del oráculo, con un grande Imperio, pero acabó con el suyo. Ciro, luego que se le presentaron, hizo levantar una grande pira, y mandó que le pusiesen encima de ella cargado de prisiones y á su lado catorce mancebos lidios, ya fuese con ánimo de sacrificarle á alguno de los dioses como primicias de su botín, ya para concluir algún voto ofrecido, ó quizá habiendo oído decir que Creso era muy religioso, quería probar si alguna deidad le libertaba de ser quemado vivo : de Creso cuentan que, viéndose sobre la pira, todo el horror de su situación no pudo impedir que le viniese á la memoria el dicho de Solón, que parecía ser para él un aviso del cielo, de que nadie de los mortales en vida era feliz. Lo mismo fué asaltarle este pensamiento, que como si volviera de un largo desmayo, exclamó por tres veces :—*¡ Oh, Solón !*—con profundo suspiro. Oyéndole el rey de Persia, mandó á los intérpretes le preguntasen quién era aquél á quien invocaba. Pero él no desplegó los labios, hasta que forzado á responder, dijo :—«Es aquél que yo deseara tratasen todos los soberanos de la tierra, más bien que poseer inmensos tesoros.»—Y como con estas expresiones vagas no satisficiera á los intérpretes, le volvieron á preguntar, y él, viéndose apretado por las voces y alboroto de los circunstantes, les dijo «que un tiempo el ateniense Solón había venido á Sardes, y después de haber contemplado toda su opulencia, sin hacer caso de ella le manifestó cuanto le estaba pasando, y le dijo cosas que no sólo interesaban á él sino á todo el género humano, y, muy particularmente, á aquéllos que se consi-

deran felices.» Entretanto la pira, prendida la llama en sus extremidades, comenzaba á arder ; pero Ciro, luego que oyó á los intérpretes el discurso de Creso, al punto mudó de resolución, reflexionando ser hombre mortal, y no deber, por lo mismo, entregar á las llamas á otro hombre, poco antes igual suyo en grandeza y prosperidad. Temió también la venganza divina y la facilidad con que las cosas humanas se mudan y trastornan. Poseído de estas ideas, manda, inmediatamente, apagar el fuego y bajar á Creso de la hoguera y á los que con él estaban ; pero todo en vano, pues, por más que lo procuraban, no podían vencer la furia de las llamas.

LXXXVII. Entonces Creso, según refieren los lidios, viendo mudado en su favor el ánimo de Ciro, y á todos los presentes haciendo inútiles esfuerzos para extinguir el incendio, invocó en alta voz al dios Apolo, pidiéndole que si alguna de sus ofrendas la había sido agradable, le socorriese en aquel apuro y le libertase del desastrado fin que le amenazaba. Apenas hizo llorando esta súplica cuando, á pesar de hallarse el cielo sereno y claro, se aglomeraron de repente nubes, y despidieron una lluvia copiosísima que dejó apagada la hoguera. Persuadido Ciro por este prodigio de cuán amigo de los dioses era Creso, y cuán bueno su carácter, hizo que le bajasen de la pira, y luego le preguntó :—«Dime, Creso : ¿quién te indujo á emprender una expedición contra mis Estados, convirtiéndote de amigo en contrario mío?—Esto lo hice, señor—respondió Creso,—impelido de la fortuna, que se te muestra favorable y á mí adversa. De todo tiene la culpa el dios de los griegos, que me alucinó con esperanzas halagüeñas ; porque, ¿quién hay tan necio que prefiera sin motivo la guerra á las dulzuras de la paz? En ésta los hijos dan sepultura á sus padres, y en aquélla son los padres quienes la dan á sus hijos. Pero todo debe haber sucedido porque algún numen así lo quiso.»

LXXXVIII. Libre Creso de prisiones, le mandó Ciro sentar á su lado, y le dió muestras del aprecio que hacía de su persona, mirándole él mismo y los de su comitiva con pasmo y admiración. En tanto, Creso meditaba dentro de sí mismo sin hablar palabra, hasta que vueltos los ojos á la ciudad de los lidios, y viendo que la estaban saqueando los persas :—«Señor—dijo,—quisiera saber si me es permitido hablar todo lo que siento, ó si es tu voluntad que calle por ahora.»—Ciro le animó para que di-

jese con libertad cuanto le ocurría, y entonces Creso le preguntó: — «¿ En qué se ocupa con tanta diligencia esa muchedumbre de »gente?—Esos—respondió Ciro,—están saqueando tu ciudad y »repartiéndose tus riquezas.—¡Ah, no—replicó Creso,—ni la »ciudad es mía, ni tampoco los tesoros que se malbaratan en ella! »Todo te pertenece ya: á ti es propiamente á quien se despoja en »esas rapiñas.»

LXXXIX. Este discurso hizo mella en al ánimo de Ciro, el cual mandó retirar á los presentes, y consultó después á Creso lo que le parecía deber hacer en semejante caso.— «Puesto que los »dioses—dijo Creso,—me han hecho prisionero y siervo tuyo, »considero justo proponerte lo que se me alcanza. Los persas son »insolentes por carácter y pobres además. Si los dejas enriquecer »con los despojos de la ciudad saqueada, es muy natural que al- »guno de ellos, viéndose demasiado rico, se rebele contra ti. Si »te parece bien, coloca guardias en todas las puertas de la ciu- »dad con orden de quitar la presa á los saqueadores, dándoles por »razón ser absolutamente necesario ofrecer á Júpiter el diezmo »de todos esos bienes. De este modo no incurrirás en el odio de »los soldados, los cuales, viendo que obras con rectitud, obede- »cerán, gustosos tu determinación.»

XC. Alegróse Ciro de oír tales razones, que le parecieron muy oportunas, las encareció sobremanera, y mandó á sus guardias ejecutasen, puntualmente, lo que Creso le había indicado. Vuelto después á Creso, le dijo: — «Tus acciones y tus palabras »se muestran dignas de un ánimo real; pídemme, pues, la gracia »que quisieres, seguro de obtenerla al momento. — Yo, señor— »respondió,—te quedaré muy agradecido si me das tu permiso »para que, regalando estos grillos al dios de los griegos, le pueda »preguntar si le parece justo engañar á los que le sirven, y bur- »larse de los que dedican ofrendas en su templo.»

Ciro entonces quiso saber cuál era el motivo de sus quejas, y Creso le dió razón de sus designios, de la respuesta de los oráculos y especialmente de sus magníficos regalos, y de que había hecho la guerra contra los persas inducido por predicciones lisonjeras. y volviendo á pedirle licencia para dar en rostro con sus desgracias al dios que las había causado, le dijo Ciro sonriéndose

— «Haz, Creso, lo que gustes, pues yo nada pienso negarte.»

Con este permiso envió luego á Delfos algunos lidios, encar- gándoles pusiesen sus grillos en el umbral mismo del templo, y

preguntasen á Apolo si no se avergonzaba de haberle inducido, con sus oráculos, á la guerra contra los persas, dándole á entender que con ella daría fin al imperio de Ciro; y que presentando, después sus grillos como primicias de la guerra, le preguntasen también si los dioses griegos tenían por ley el ser desagradecidos.

XCI. Los lidios, luego que llegaron á Delfos, hicieron lo que se les había mandado, y se dice que recibieron esta respuesta de la Pitia:—«Lo dispuesto por el hado no pueden evitarlo los dioses mismos. Creso paga el delito que cometió su quinto abuelo, el cual, siendo guardia de los heráclidas y dejándose llevar de la perfidia de una mujer, quitó la vida á su monarca y se apoderó de un imperio que no le pertenecía. El dios de Delfos ha procurado con ahinco que la ruina fatal de Sardes no se verificase en daño de Creso, sino de alguno de sus hijos; pero no le ha sido posible trastornar el curso de los hados. Sin embargo, sus esfuerzos le han permitido retardar por tres años la conquista de Sardes; y sepa Creso que ha sido hecho prisionero tres años después del tiempo decretado por el destino. ¿Y á quién debe también el socorro que recibió cuando iba á perecer en medio de las llamas? Por lo que hace al oráculo, no tiene Creso razón de quejarse. Apolo le predijo que si hacía la guerra á los persas, arruinaría un grande Imperio; y cualquiera en su caso hubiera vuelto á preguntar de cuál de los dos Imperios se trataba, si del suyo ó del de Ciro. Si no comprendió la respuesta, si no quiso consultar segunda vez, échese la culpa á sí mismo. Tampoco entendió ni trató de exterminar lo que en el postrer oráculo se le dijo acerca del mulo, pues este mulo cabalmente era Ciro; el cual nació de unos padres diferentes en raza y condición, siendo su madre meda, hija del rey de los medos, Astiages, y superior en linaje á su padre, que fué un persa, vasallo del rey de Media, y un hombre, que desde la más ínfima clase, tuvo la dicha de subir al tálamo de su misma señora.»

Esta respuesta llevaron los lidios á Creso; el cual, informado de ella, confesó que toda la culpa era suya, y no del dios Apolo. Esto fué lo que sucedió acerca del Imperio de Creso y de la primera conquista de la Jonia.

ODAS

POR SAFO

SAFO.—Nació hacia el año 612 antes de Cristo. La más famosa de las poetisas. Nació en la isla de Lesbos, y por haber conspirado contra Pítaco, tirano de su patria, fué desterrada, yendo á morir á Sicilia. Cuéntase que, desdeñada por Faón, de quien estaba enamorada, puso fin á sus días arrojándose al mar desde el promontorio de Léucades: mas parece que este hecho pertenece á otra Safo, también lesbiana, pero que vivió más tarde. Safo inventó un género de verso llamado «sáfico». De sus poesías notables por el fuego que las anima, no nos quedan más que fragmentos, entre ellos un «Himno á Venus» y estrofas de una oda «A la Amada». A Safo se la ha llamado *la décima Musa*.

I

¡ Oh, tú en cien tronos Afrodita reina,
Hija de Zeus, inmortal, dolosa:
No me acongojes con pesar y tedio
Ruégote, Cipria!

Antes acude como en otros días,
Mi voz oyendo y mi encendido ruego;
Por mí dejaste la del padre Jove
Alta morada.

El áureo carro que veloces llevan
Lindos gorriones, sacudiendo el ala,
Al negro suelo, desde el éter puro
Raudo bajaba.

Y tú ¡ oh, dichosa! en tu inmortal semblante
Te sonreías: «¿ Para qué me llamas?
¿Cuál es tu anhelo? ¿qué padeces hora?
—Me preguntabas—

»¿ Arde de nuevo el corazón inquieto?
¿ A quién pretendes enredar en suave
Lazo de amores? ¿ Quién tu red evita,
Mísera Safo?

»Que si te huye, tornará á tus brazos,
Y más propicio ofreceráte dones,
Y cuando esquives el ardiente beso,
Querrá besarte».

Ven, pues, ¡ oh diosa! y mis anhelos cumple,
Liberta al alma de su dura pena;
Cual protectora, en la batalla lidia
Siempre á mi lado.

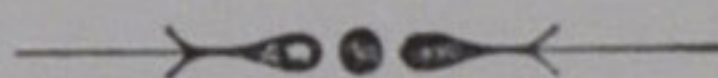
II

Igual parece á los eternos dioses
Que logra verse frente á ti sentado :
¡ Feliz si goza tu palabra suave,
Suave tu risa !

A mí en el pecho el corazón se oprime
Sólo en mirarte : ni la voz acierta
De mi garganta á prorrumpir ; y rota
Calla la lengua.

Fuego sutil dentro mi cuerpo todo
Presto discurre : los inciertos ojos
Vagan sin rumbo : los oídos hacen
Ronco zumbido.

Cúbrome toda de sudor helado :
Pálida quedo cual marchita yerba ;
Y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte,
Muerta perezco.



ODAS

POR ANACREONTE

In the text

ANACREONTE.—Nació hacia el año 560 antes de Cristo. Poeta griego, natural de Teos, que vivió en la corte de Polícrates, tirano de Samos. Cantó con delicadeza y gracia el amor y el vino, y dicese que murió á los 85 años ahogado por un grano de uva. Nos quedan de este amable poeta una colección de odas, traducidas é imitadas por numerosos poetas.

DEL AMOR

Era la media noche ;
En el sereno cielo
La Osa revolvía
Su giro hacia el Boyero.
Yacían los mortales
En un profundo sueño,
Cuando el Amor mis puertas
Golpea con estrépito.
¿ Quién llama—grito,—y quiere
Turbar mi dulce ensueño ?
—Un niño soy—responde ;—
Abre ; no tengas miedo.
Mojado estoy ; no hay luna,
Y en las sombras me pierdo.—
Compadécime oyéndole,
Y la lámpara enciendo ;

Abro, y un niño alado
 Con arco y carcaj veo.
 Le hago entrar, y á la lumbre
 Junto al hogar lo siento.

Sus manos yertecitas
 Entre las mías templo,
 Y enjugo cariñoso
 Sus húmedos cabellos.

El, desechado el frío,
 —Dame el arco; veremos—
 Me dice—si el relente
 Daño á la cuerda ha hecho.—

La tiende, y me dispara
 Un dardo tan certero,
 Que cual rabioso tábano
 Me da en medio del pecho.

Ríe entonces, y brinca,
 Y diz:—Congratulémonos,
 Huésped; mi arco está sano,
 Pero tu pecho enfermo.—

Á UNA PALOMA

—Amable palomita:
 ¿De dónde traes el vuelo?
 ¿De dónde los perfumes
 Que esparces por el viento?
 ¿Quién eres? ¿A quién sirves
 Con cariñoso empeño?
 —Me envía con recados
 Anacreonte Teyo
 A Batilo, hoy de todas
 Las voluntades dueño.
 Vendióme Citerea
 Por unos pocos versos,
 Y sirvo á Anacreonte
 De rápido correo.
 Hora, ¡qué dulces cartas
 De mi buen amo llevo!
 El dice que ha de darme
 La libertad muy presto;
 Mas yo, aunque me liberte,
 Sierva suya me quedo.
 ¿A qué he de andar volando
 Por campos y por cerros,
 Comiendo frutas agrias.

ODAS DE ANACREONTE

Y al sereno durmiendo?
 Ahora el pan á mi amo
 Le robo de los dedos;
 Y me ofrece la copa
 Donde él bebió primero.
 Después que estoy bebida
 Con brincos le festejo,
 Y con mis tiernas alas
 Doy sombra á sus cabellos,
 Y al fin sobre su lira
 Me poso y me adormezco.
 Todo lo sabes: vete,
 Curioso pasajero.
 ¡Adiós! más que una gárrula
 Corneja hablar me has hecho.

EL CUPIDO DE CERA

Un Cupido de cera
 Cierto joven vendía;
 Yo le paré y le dije
 Cuánto por él quería,
 Y en dórico me dijo:
 —Lo que tú quieras, quiero,
 Porque no soy cerero.

Mas no me place en casa
 Un ser tan caprichoso.
 —Pues en un dracma dámele,
 Que el huésped es hermoso.
 Y ahora, Cupido, enciéndeme,
 O en pena del delito
 Al fuego te derrito.

DEL AMOR

Ya quiero amar, ya quero.
 Cupido amar me manda,
 Y yo, ¡pobre insensato!
 Desoigo sus palabras.

Se irrita y toma el arco
 Con la dorada aljaba,
 Y me provoca al punto
 A singular batalla.

La acepto. Hecho un Aquiles
 Me ciño la coraza,
 Y audaz le desafío

Con el escudo y lanza.

Dispara, y hurto el cuerpo;
Agótase su aljaba;
Y entonces, como un dardo,
El mismo se dispara.

El pecho me atraviesa,
El corazón me clava,
Y las fuerzas me roba
Y la vida me arranca.

Vano es ya resistirse,
Inútiles las armas.
¿A qué tirar afuera
Si es dentro la batalla?

DE UN VASO DE PLATA

Lábrame ya, maestro,
Una elegante copa,
Figurándome en ella
La estación de las rosas.

Imita en su contorno
La bebida sabrosa,
Sin grabar junto al vino
Cosas del vino impropias.

De extranjeras naciones
Nada de sacras pompas;
Nada de casos tristes,
De sangrientas historias.

Graba el hijo de Jove,
El buen Baco, y la hermosa
Venus, deidad de amores,
De himeneos autora.

Graba inermes Cupidos,
Y Gracias seductoras,
Bajo un parral cargado
De racimos y de hojas.

Graba de jovencillos
Una gallarda tropa,
Y al rubio Apolo en medio
Jugueteando coloca.

Á UNA GOLONDRINA

Tú, amada golondrina,
Por el estío ardiente
A fabricar tu nido

Todos los años vienes.

Y en invierno lo dejas,
Y el raudo vuelo tiendes
Del Nilo hacia la orilla
O á la remota Menfis.

Pero Amor en mi pecho
Hace un nido perenne.
Un amorcillo es huevo,
Otro cañones tiene ;

Este se está empollando,
Aquél brotar ya quiere ;
Sin que el clamor continuo
De los que nacen cese.

Los grandes á los chicos
Educan y mantienen,
Y éstos procrean otros
A seguida que crecen.

¿Qué hacer en tal apuro?
¿Cómo podré valerme
Con tantos amorcillos
Como en mí se revuelven?

DEL VINO

Los negros racimos
Transportan en cestas
Los mozos al hombro,
Con lindas doncellas.

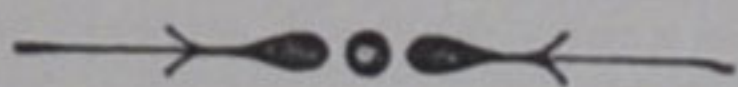
Y allá en los lagares
Airosos los vuelcan,
Y pisan las uvas,
Y al vino dan suelta.

Vendimiales himnos
A Baco celebran,
Al ver en las cubas
Hirviendo su néctar.

Si lo bebe el viejo,
Temblonas las piernas,
Baila, sacudiendo
La blanca cabeza.

Si con él el mozo
Fogoso se alegra,
A la hermosa virgen,
Que le inflama, acecha ;
Y cuando en la umbría
Rendida se acuesta,

Y oculta entre ramas
 Al sueño se entrega,
 Súbito de amores
 Audaz la requiebra,
 Y quiere á sus bodas
 Traidora volverla.
 Si ruegos no bastan,
 Sus bríos emplea ;
 Que así entre beodos
 Libre Baco juega.



ÉTICA DE LA EDAD HEROICA

POR WILLIAM E. GLADSTONE

WILLIAM EWART GLADSTONE, hombre de Estado y literato inglés. Nació en Liverpool, en 29 diciembre de 1809: murió el 19 mayo 1898. En las Universidades de Eton y Oxford hizo sus estudios con las más altas recompensas: dedicado al Derecho, tomó asiento en el Parlamento, fué sucesivamente, Presidente del Tribunal de Comercio, sucesor de lord Palmerston como *leader* en la Cámara de los Comunes, y en 1868, ocupó, después de Disraeli, el alto puesto de Primer Lord de la Tesorería. Ha sido el más ilustre político de la Gran Bretaña, y al mismo tiempo ha ocupado un señalado puesto como hombre de letras. Sus escritos son numerosos y tratan de muy varias materias, ensayos, traducciones, tratados de teología y filología, etc. Citaremos entre los más notables: «El Estado en sus relaciones con la Iglesia» (1838): «Principios eclesiásticos considerados por sus efectos» (1840), «Manual de oraciones» (1845), «Del lugar que ocupa Homero en la educación clásica» (1857), «Estudios sobre Homero y la época homérica» (3 volúmenes 1858), «Ecce Homo» (1868), «Un capítulo de autobiografía» (1868), «Juventus Mundi» (1869), «Homero» y otros escritos sobre este gran épico, «Introducción á la historia bíblica popular» (1895), «Estudios sobre las obras del obispo Butler» (1896), «Sobre la condición del hombre en la vida futura» (1896).

El punto en que el nivel moral de la edad heroica se sostuvo á mayor altura, fué, tal vez, en la tenacidad de las afecciones domésticas.

Prevalecen en el Olimpo, y constituyen un rasgo agradable en el retrato hasta de aquellas deidades que no poseen ninguna otra cualidad que las haga recomendables. No sólo Poseidón se desvive por el brutal Polifemo, y Zeus por el noble y galante Sarpedón, sino Ares por Ascálafo, y Afrodita por Eneas. En la familia real troyana pocas trazas encontramos de alta moralidad; pero la afección paternal es vehemente en las personas de

Proveca

4/7/11

retd

10/7/11

Príamo y Hécuba, á pesar de la relajación de sus fibras. Ulises escoge para título, por el cual había de ser conocido, el de padre de Telémaco. El solo retrato de Penélope, suspirando sin cesar durante veinte años por su marido ausente, y suplicando después que la librasen de esta vida, para que jamás pudiera regocijar el alma de un hombre inferior, no podía haber sido concebido ó dibujado más que en un país donde, en este ramo de la moral, el patrón era tan elevado. Este es un ejemplo palmario y que satisface por completo. Podríamos mencionar otros, pero ninguno puede igualarle.

El amor natural entre padre é hijos, encarnó profundamente en la moral de la edad heroica, tal vez con más fuerza que en ningún otro ramo de las relaciones domésticas. Los sentimientos de Aquiles por Peleo, de Ulises por su padre Laertes y su madre Anticlea, nos dan á conocer una afección tan profunda como tierna. Los que mueren jóvenes, como Simoisio á manos de Ajax, mueren sin haber tenido tiempo de recompensar á sus padres su *trepra*, los desvelos y cuidados con que atendieron á su educación. Fénix, en el paroxismo de la cólera con su padre, y en un país donde el homicidio era considerado más bien como una calamidad que como un crimen, se abstiene de cometer con él violencia alguna, por no ser marcado, entre los griegos, con el sello de parricida. Y esto era recíproco por parte de los padres: hasta en Troya, como podemos deducir de la conducta y palabras de Héctor, de Andrómaca, de Príamo. Mientras el padre de Ulises se consumía en la tierra esperando su vuelta, la madre murió transida de dolor por su ausencia. Y la Sombra de Aquiles en el Infierno sólo ansía saber si Peleo se sostiene aún con honor; y un momentáneo rayo de luz y alegría iluminó su triste y sombría existencia, cuando supo que su hijo Neoptolomeo había demostrado ser digno de su padre, y alcanzado fama en la guerra. La naturaleza excesivamente egoísta de Agamenón no le impidió sentir una vigilante ansiedad por su hermano Menelao. Dondequiera que los intereses humanos se extienden y ramifican por medio de esta tenacidad de las afecciones domésticas, las generaciones de los hombres se conservan estrechamente unidas unas á otras; el amor para el porvenir es una fuente de nobles acciones; el afecto por el pasado engendra la emulación de sus grandezas; y como estos sentimientos hallan sus medios de subsistencia en la historia, el poeta primi-

tivo de tal país difícilmente puede ser otra cosa más que un historiador.

Homero no menciona, ciertamente, por sus nombres, parentescos más remotos que de primos hermanos; pero el lazo de la sangre era reconocido hasta grados mucho más lejanos, como podemos verlo demostrado en la Segunda Iliada, donde se establece que las divisiones del ejército eran subdivididas en tribus y familias. La hospitalidad desciende asimismo á través de las generaciones: Diómedes y Glauco cambiaron sus armas, y convinieron esquivarse uno al otro en la lucha, porque sus abuelos habían sido xínios.

La intensidad de la admiración del poeta por la belleza de la forma se manifiesta igualmente con relación á hombres, mujeres y animales. Aquiles, su más excelso guerrero, es también el hombre más hermoso; Ajax, el segundo soldado, ocupa á la par el segundo lugar en belleza, según Ulises. Nireo, su rival para este puesto, es celebrado por su hermosura, si bien por otros conceptos fué considerado como insignificante personaje. Ulises, aunque no anciano aún, pero de edad madura, quedó extasiado por la belleza de Nausica. No sólo Elena, sino en general sus principales mujeres, algunas de ellas de avanzada edad (pues comprenden también á Penélope) eran bellas. Sintió con gran intensidad, según se desprende de varios pasajes, la hermosura del caballo. Pero este sentimiento de admiración hacia todo lo bello en las formas, parece haber sido completamente puro. Su único episodio licencioso, el de la Malla de Hefesto, está sacado de una mitología oriental. Lo refiere como cantado ante hombres solamente, sin mujeres; y no en Grecia, sino en Scheria, ante un auditorio compuesto de descendientes de fenicios y sus cruzamientos. En Troya fué donde los lúbricos ojos de los ancianos seguían á Elena cuando paseaba. Los únicos griegos á quienes se imputa tal cosa es á los disolutos y aborrecidos cortejadores de la Odisea. Los procedimientos de Hero en la Iliada Catorce están subordinados estrictamente á la política. Son poco decorosos; y un solo sentimiento de Tetis puede ser criticado. Pero yo objetaría: primero, que todos los dudosos episodios de sentimientos se encuentran en la Mitología, los que por muchos importantes conceptos tienden á corromper, y no á elevar á la humanidad. Segundo: la parte tan insignificante con que han contribuido á la gran Enciclopedia de la vida humana,

que nos presentan los Poemas. Tercero : cuán pocos escritores, incluyendo á los de las edades cristianas, han cuidado de aplicar en esta materia un criterio tan rígido como Homero. Y, por último, observemos la perfecta rectitud de miras que impera en sus poemas, en los que Artemisa, la intachablemente pura, es comúnmente presentada como un objeto de veneración, mientras que Afrodita se nos muestra de una manera tal que atraiga sobre sí la aversión y el desprecio ; y en los que jamás se exhibe un acto licencioso ante los personajes humanos en forma tal que pueda confundir ó pervertir la idea del bien y del mal. La manera cómo el poeta trata en la tierra á Paris, á quien ha presentado como el único príncipe ó guerrero despreciable, guarda estrecha relación con el procedimiento seguido con Afrodita entre los inmortales.

Con respecto á todo lo indecoroso en los personajes humanos, la delicadeza de Homero es constante y sin rival : por lo que respecta á las mujeres, no existe una sola alusión ; y respecto á los hombres, las únicas que encontramos son severas y admirablemente tratadas. Cuando Ulises trata de desnudar á Tersites es con la sola intención de hacerle objeto de grande y general repugnancia. Cuando Príamo predice el despedazamiento de sus propias carnes desnudas, por las bestias, la ofensa que al natural pudor así inflige de antemano, sirve sólo para expresar la intensa agonía de su alma. La escena en que Ulises emerge de la mar en la costa de Scheria, se encuentra tal vez entre las más escrupulosas, y al mismo tiempo más llanas y sencillas manifestaciones de la verdadera pureza en toda la literatura. Y la manera como todo esto nos es presentado, nos da á entender que constituye un verdadero retrato de las costumbres de la nación en aquellos tiempos.

Tucídides nos enseña que esta delicadeza de costumbres subsistió en Grecia largo tiempo. La moralidad del período homérico, fué la de la infancia de la raza : la de los tiempos clásicos corresponde á su edad viril. Con respecto á esta última puede argüirse que hubo particularmente dos causas que contribuyeron á elevar su nivel. Con las formas regulares de organización civil y política, se desarrolla en la ley escrita un público testimonio en favor, principalmente, de la verdad, la honradez y la justicia ; pues, mientras que la conducta privada representa al alma humana bajo la influencia de todas las tentaciones, la

ley, como regla general, expresa lo que nuestros sentimientos afirmarían si no se hallasen bajo aquella influencia. Pero aún es más : con la ley y el orden viene una más clara percepción y un más intenso goce de los frutos del trabajo ; y en virtud de la seguridad pública, cada individuo admite el reconocimiento de los derechos de propiedad, y obra basándose en ellos. Estas son poderosas influencias para el bien en un gran ramo de la moral. Al lado de éstas, con más atrayente perfección, pero probablemente con menos eficacia práctica, la inteligencia especulativa de los hombres trabaja y establece las teorías abstractas de virtud, vicio y sus consecuencias, las que por su extensión y método hacen más confusa la Etica indefinida de la remota antigüedad. Todo esto hay que ponerlo en uno de los platos de la balanza ; pero el otro predominaría, creo yo, si sólo fuese por la única consideración de que el credo de la edad homérica contaba con la idea y el temor de la divina justicia, para refrenar el vicio y la pasión. Y, sobre todo, después de la revista pasada, sería, en mi opinión, algo arriesgado asegurar que los deberes del hombre para con la divinidad, y sus más grandes derechos sobre sus semejantes, fueron mejor interpretados en las edades de Pericles ó Alejandro, de Sila ó Augusto, que en la de Homero.

Tal vez la siguiente descripción de la vida de los griegos en la edad heroica no se aparte mucho de la verdad.

El joven nacido en elevada cuna, no tan alejado entonces de la ley como ahora, era educado por tutores en el respeto de sus padres y el deseo de emular su fama ; se ejercitaba en varoniles y gallardos juegos ; aprendía el manejo de las armas, y se curtía en el ejercicio de la caza de las fieras, más necesario entonces que ningún otro ; adquiría el conocimiento de la medicina, y probablemente también el de la lira. Algunas veces, dotado de muy capaz inteligencia, se aplicaba él mismo á aprender á construir su propia casa ó barco, á conducir el arado firme y derecho por el surco, como también á segar las enhiestas espigas.

Y, cuando apenas empezaba á ser hombre, hacía armas por su patria ó su tribu, tomaba parte en el gobierno de ellas, aprendía, mediante la instrucción directa y de la práctica, cómo se gobierna á la humanidad por medio del poder razonador y persuasivo en las asambleas ; y ayudaba y tomaba parte en los sacrificios ofrecidos á los dioses. Además, durante todo este

tiempo, había estado en cariñosas y francas relaciones, no sólo con sus padres, con su familia, y sus iguales de la misma edad, sino también con aquellos criados, que, aunque esclavos, le habían tratado desde su infancia bajo la patria potestad.

Era, ciertamente, mal educado en lo referente al uso de la fuerza bruta. La vida humana vale poco ; tan poco que hasta un dulce y amable adolescente puede ser traicionado, con motivo de una inesperada disputa sobre algún juego pueril con su amigo, hasta el extremo de privarle de ella. Y aun durante el curso de su vida, puede llegar la ocasión en que se exciten las pasiones en lo hondo de su espíritu, volviendo á ser la bestia feroz que fuera un día, pierda por un momento su condición humana, hasta tanto que la razón recupere su dominio. Aparte, sin embargo, de tan violentas crisis, aunque por nada del mundo hubiese robado á su amigo ó su vecino, no le desagradaba triunfar de ellos por medio de algún ejercicio de notable destreza ; mientras de una tribu hostil ó de una costa extranjera, ó de un individuo con quien se hubiese enemistado, hubiese adquirido á mano armada cuanto le hubiese sido posible, ni hubiese tenido escrúpulo de infligirle, valiéndose de una estratagema, hasta una lesión mortal. Daba, sin embargo, liberalmente á los que se hallaban necesitados ; al caminante, al mendigo, al desvalido que impetraba su amparo y protección. Por otra parte, si sus propios bienes se hubiesen agotado, la liberal y generosa cooperación de sus vecinos los habría repuesto.

Su primera juventud no era inclinada al vicio, porque no estaban en boga los excesos sensuales, ni las ocasiones para ello brillaban ante sus ojos, ni resonaban en sus oídos. La gula apenas le era conocida ; la embriaguez érale señalada solamente por su carácter degradante y por las malignas consecuencias que de ella se desprenden de una manera tan directa, haciéndola aborrecible. Pero gustaba del uso discreto de los manjares y disfrutaba en los momentos en que los huéspedes, reunidos en el salón de su padre, gozaban de una liberal hospitalidad, y el vino rebosaba en las copas. Entonces escuchaban los acentos de un trovador, que celebraba ante ellos los últimos y más preciados relatos heroicos que les enardecían la sangre, y excitaban su viril resolución de ser dignos, á su vez, de su patria y de los héroes que en ella florecieron. Danzaba en las fiestas religiosas, la mano de la doncella apoyada sobre su muñeca, y el brillante cuchillo



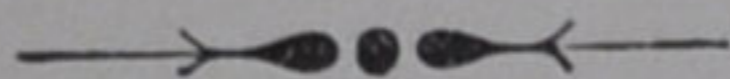
Guillermo Ewart Gladstone.

De una fotografía de Elliott & Fry.

colgando del cinturón, resplandeciendo cuando corrían de un punto á otro y cuando giraban dando mil vueltas. Cuando llegaba el momento oportuno, contraía matrimonio, entre el general regocijo de las familias, con alguna doncella, la Nausica ó Hermiona de un próximo distrito, y la traía á su casa para cuidar de ella, «desde que florece hasta que alcanza su madurez la vid,» con respeto, fidelidad y amor.

Ni como gobernante ni como gobernado, le proporcionaba, en general, la política demasiadas molestias. El gobierno era una máquina cuyas ruedas se movían con bastante facilidad, porque estaban bien lubricadas por la sencillez de las costumbres, ideas y aspiraciones; por la unidad de intereses; por el respeto á la autoridad y á las personas en cuyas manos descansaba; por el amor á la patria común, á la religión de todos, á las fiestas y juegos nacionales, á los que asistía ya gran concurrencia. En la paz, acallaba las contiendas del pueblo; en la guerra los animaba con el precioso ejemplo de su heroico valor. Les consultaba y se aconsejaba de ellos, en todos los asuntos de importancia; y sus solícitos desvelos por el interés de la comunidad eran recompensados por las extensas propiedades que éste destinaba á su príncipe. Finalmente, cerrábanse sus ojos, legando el cetro á su hijo, y dejando la paz y la felicidad en torno suyo.

Tal era, probablemente, el estado de la sociedad en cuya última fase se deslizó, por lo menos, la juventud de Homero. Pero, al parecer, siguió á la guerra de Troya una gran revolución; sus resultados los vemos ya de manifiesto en la Odisea. Difícilmente podía el mismo Ulises substraerse á ella, estrechado como estaba dentro de los reducidos límites de Itaca. En el continente los lazos de las más antiguas sociedades pronto se rompieron por completo. Los linajes de Pelópidas, Neleidas y Euidas son una ruina completa; la desorganización invita á otras fuerzas nuevas á ejercer su dominio. Las lanzas dóricas erizan las playas de la Etolia, y la primitiva Grecia, la Grecia patriarcal, la Grecia de Homero, dejó de existir.



INFLUENCIA DEL CLIMA SOBRE LA RAZA
HELÉNICA

POR CURTIUS

este es el autor
mejor

ERNESTO CURTIUS.—Historiador, arqueólogo y filólogo alemán. Nació en 1814. Fué el fundador del Instituto Germánico de Arqueología de Atenas, y contribuyó en alto grado á aumentar el caudal de nuestros conocimientos acerca de la vida en la antigua Grecia. De estilo fluido y abundante tuvo el don de saber acomodarlo al carácter de sus lectores. Ha escrito una «Historia de Grecia», y una «Historia de Atenas». Su libro «Peloponeso» tiene por asunto los restos arqueológicos relacionados con esta región helénica.

Por más que no deba considerarse la historia de un pueblo como la resultante fatal de las condiciones físicas en que éste se halle colocado, es, sin embargo, fácil reconocer que formas tan acentuadas como las que caracterizan las costas de la cuenca del Archipiélago, pueden imprimir á la vida histórica de un país una dirección especial muy marcada. En Asia hay vastísimas regiones que tienen una común historia. Las ramificaciones de las cordilleras han formado allí una serie de regiones, de las que cada cual parece preparada por la naturaleza para que se haga en ella un género de vida determinado. En las grandes llanuras no piensan los habitantes de las aldeas en defender aisladamente sus derechos y sus bienes contra fuerzas superiores : se someten á la voluntad del cielo, y el que sobrevive á la catástrofe construye, sin murmurar, una nueva cabaña al lado de las ruinas de la antigua. Pero donde los campos están rodeados de cadenas de montañas con altas cimas y estrechos desfiladeros en que un corto número de defensores pueden cerrar el paso á muchos combatientes, allí estas armas defensivas aumentan el valor para la resistencia. Sin el desfiladero de las Termópilas tal vez no existiera la historia griega. En Grecia se considera cada distrito como una comunidad natural é indisoluble ; las aldeas de un valle se aproximan, por decirlo así, espontáneamente para formar un Estado común, y en el seno del mismo parece como que surge ó se forma la conciencia de una independencia invocada como un derecho ante Dios y ante los hombres. Quien pretenda acometer á un país semejan-

te, necesita atacarlo y vencerlo en cada valle, y cuando la resistencia es imposible, las altas cimas de las montañas y las cavernas inaccesibles están allí para salvar los restos de una población independiente, hasta que el peligro haya pasado ó se haya cansado de luchar el enemigo.

Mas no es sólo su independencia política lo que debe Grecia á la estructura de su suelo ; débele, además, la variedad de sus aptitudes, de sus costumbres y de su lengua ; porque sin las barreras opuestas por las montañas, hubieran perdido pronto su genio particular las diversas partes de aquella población, mediante una asimilación recíproca.

Pero aun siendo la Hólada un país aislado y rodeado por múrallas naturales, ofrece al mismo tiempo más facilidades para las relaciones comerciales que cualquier otra región del mundo antiguo. Hállase rodeada de mar por tres lados diferentes, acostumbrando esto la vista del griego, despertando su valor y excitando constantemente su imaginación infatigable ; por el mar que, en estas latitudes en las cuales puede navegarse durante todo el año, aproxima y une las distintas costas mucho más estrechamente que los inhospitalarios mares del Norte. Fácil de alborotarse, lo es también para calmarse ; los peligros con que amenaza disminuyen por el gran número de puertos y otros lugares de abrigo, adonde puede arribar el navegante en cuanto la tempestad se anuncia, y por la transparencia de su atmósfera que, durante el día, le permite distinguir á 20 millas el término de su viaje, y durante la noche se dejan ver en su despejado cielo las estrellas cuya aparición y desaparición en el horizonte regula tranquilamente los trabajos del labrador y del marino.

También los vientos dominantes tienen en estas regiones un movimiento regular y conocido, y rara vez se transforma en huracanes. Sólo durante la corta estación de invierno sufre el tiempo cambios irregulares ; en la primavera (los *meses seguros*, como los denominaban los antiguos) toman los vientos una dirección fija en todo el Archipiélago : por la mañana sopla el del Norte desde las costas de Tracia por todo el mar Egeo. Por esto se designaba á los países situados fuera de estas costas con la expresión de «situados más allá de viento Norte». Este mismo viento fué el que un día condujo á Milciades á Lemnos, y el que asegura siempre grandes ventajas

á los poseedores de la costa septentrional. Sucede con frecuencia que los vientos *etesios* revisten durante semanas enteras un carácter tempestuoso; mas la pureza del cielo, que deja percibir las espumosas olas hasta donde alcanza la vista, y la regularidad de su velocidad, los hace inofensivos, y cesan del todo en cuanto el sol se pone. Conviértese entonces el mar en un espejo, y el aire y las olas callan hasta que se levanta una brisa casi imperceptible que sopla del Mediodía. En este momento es cuando el marino se hace á la vela en Egina y llega en pocas horas al Pireo. Esta es la brisa del mar tan encomiada por los poetas atenienses, la que en la actualidad llaman *Embates*, siempre templada, suave y benéfica. Las corrientes cercanas á las costas facilitan la entrada en los golfos y en los estrechos; el vuelo de las aves de paso y las emigraciones de los atunes, que se verifican en época fija, suministran al marino preciosas indicaciones. La regularidad que preside á todas las funciones vitales de la naturaleza y al movimiento del aire y de las aguas, y el aspecto tranquilo del mar Egeo, son, en el fondo, la razón principal por la que sus habitantes se han confiado á él por completo y han vivido sobre él y con él en todo tiempo. El mar era su gran camino, como lo indica el nombre *pontos*. A esto alude Homero cuando habla de los *caminos húmedos*, que unen á los hombres entre sí, y todo el que habita lejos de la costa se halla privado, por lo mismo, de las ventajas de un comercio fácil con sus semejantes, y fuera de la corriente de la civilización y del progreso.

La misión civilizadora de la navegación por agua dulce acaba pronto en el fondo; la de la navegación marítima nunca. En las riberas de los ríos desaparece la diferencia de las costumbres; el mar, por el contrario, pone repentinamente en contacto los más diversos elementos, conduce desde lejanas playas extranjeras que viven bajo otro cielo y otras leyes, resultando de aquí comparaciones instructivas y un incesante cambio de conocimientos, y cuanto más ventajoso es el tráfico de los diversos productos, más redobla su actividad el espíritu humano para triunfar de los peligros del mar á fuerza de inventos.

El Eufrates y el Nilo ofrecen todos los años á sus ribereños los mismos beneficios y les imponen idénticas ocupaciones. Esa eterna monotonía hace que en estas regiones transcu-

rran siglos sin verificarse ningún cambio notable en las costumbres tradicionales; sobrevienen allí revoluciones, pero no se observa el fenómeno de un constante progreso. La civilización de los egipcios se inmovilizó en el valle del Nilo como las momias en sus sepulcros; cuentan aquéllos las oscilaciones del regulador que mide la marcha uniforme del tiempo, pero éste es para ellos una cosa completamente vana; tienen una cronología, pero no tienen historia en el verdadero sentido de la palabra. Este estado de inmovilidad es imposible en las costas del mar Egeo: aquí, inmediatamente después que se despierta el gusto por el comercio y los progresos intelectuales, parece como que lo reciben las olas y lo conducen á remotos países.

Finalmente, por lo que respecta á la calidad del suelo, existía, bajo esta relación, una gran diferencia entre las dos mitades de la patria helénica. Los atenienses sólo necesitaban remontar durante algunas horas el curso de los ríos del Asia Menor, para convencerse de que este suelo retribuía con más largueza el trabajo del hombre, y para contemplar con envidia las profundas capas de tierra vegetal que cubren la Eólida y la Jonia. Las plantas y los animales eran aquí más corpulentos, y sus vastas llanuras hacían incomparablemente más fáciles las comunicaciones. En efecto, en la Grecia europea, las llanuras son relativamente pequeñas, limitándose en general á estrechas cuencas ó valles entre las montañas, ó á terrenos formados por los aluviones de los ríos en sus desembocaduras. Para pasar de un valle á otro es necesario salvar las altas crestas, que en un precipicio sólo fueron accesibles á los que caminaban á pie, costando muchos esfuerzos y grandes sacrificios para abrir un camino practicable para caballerías, y mucho más para carros.

Los ríos que riegan estas llanuras negaban con frecuencia los beneficios que de ellos podían esperarse. La mayor parte se secaban en verano. Estos eran los hijos de las Nereidas á que se refiere la fábula, arrebatados por una muerte prematura, ó los amantes de las ninfas marinas, que veían de repente roto el lazo de sus amores; y por más que la sequía del país sea actualmente mucho mayor que en la antigüedad, hubo épocas en que el caudal de agua del Ilisos y del Inakho desaparecía bajo un lecho arenisco que quedaba completamente en seco. Por el contrario, al lado de una región donde se sentía un

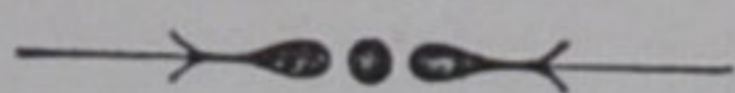
calor excesivo, se hallaban aguas estancadas en el fondo de los valles ó entre el mar y las montañas, inficionando el aire y haciendo imposible todo cultivo. Por todas partes aparecía el trabajo y la lucha contra los obstáculos naturales.

Y sin embargo, ¡cuánto se hubieran abreviado los anales de la historia griega si ésta se hubiera desarrollado únicamente bajo el cielo de la Jonia! En la Grecia europea, en ese suelo tan pobre, es donde el pueblo heleno ha desplegado toda su energía. El cuerpo se ha hecho aquí más robusto, el espíritu más libre; la tierra, disputada constantemente á los elementos, á fuerza de diques, de desecamientos y de otras penosas faenas, se ha convertido para el hombre que la habita en una patria mejor que las riberas del otro lado del mar, donde no había más que recoger sin fatiga los dones de la Providencia.

Así, pues, el especial privilegio de la Grecia consiste en la justa medida de sus ventajas naturales. El griego disfruta plenamente de todos los beneficios de los climas meridionales: para regocijarle y reanimarle tiene un hermoso cielo despejado, días serenos y noches templadas. Obtiene fácilmente del suelo ó del mar lo necesario para su subsistencia, y la naturaleza y el clima le inclinan de consuno á la templanza. Habita un país montañoso, pero estas montañas no están formadas por peladas rocas, sino que, cubiertas de tierra vegetal y de pastos, no hacen más que contribuir á asegurar su libertad; tiene su morada en una especie de isla dotada de todos los privilegios de las tierras meridionales, pero esta isla ofrece al mismo tiempo la ventaja de formar un vasto conjunto de superficies continuas. Aquí, materia sólida, allí flúida, montañas y valles profundos, sequía y humedad, grandes nevadas en la Tracia, sol tropical en las regiones meridionales; todos los contrastes, todas las formas que puede revestir la vida de la naturaleza, se reúnen allí para despertar y aguijonear de mil modos diferentes el espíritu del hombre.

Pero así como estos contrastes se resuelven en una armonía superior que abraza las costas y los grupos de islas del Archipiélago, así también se siente el hombre impulsado por el instinto de la armonía á observar una medida entre los contrastes, que son como los motores de la vida consciente entre el placer de los sentidos y el del espíritu, entre el pensamiento y el sentimiento.

Sólo se conoce lo que puede producir un campo cuando en él arraigan las plantas más convenientes á la naturaleza de su suelo ; y entonces, sembradas ó puestas en un terreno y en condiciones favorables, bañadas por el aire y por la luz, despliegan toda la plenitud de sus fuerzas vitales. El naturalista que estudia la vida de las plantas, puede mostrar de qué modo las diversas substancias que el suelo contiene aprovechan á un organismo vegetal de especies determinadas ; pero cuando se trata de la vida de los pueblos, un misterio profundo nos oculta la íntima relación que existe entre un país y su historia.



LOS ESPARTANOS Y LAS LEYES DE LICURGO

POR CARLOS ROLLIN

CARLOS ROLLIN.—Historiador francés ; nació en enero de 1661. Fué profesor de retórica en el Colegio de Plessis y después en el Colegio de Francia. Promovió el renacimiento del estudio griego é implantó reformas en el sistema educativo. En 1726 publicó una obra sobre el *Estudio de las Buenas Letras* ; en 1738, una *Historia de Roma* ; y de 1730 á 1738, su famosa obra *Historia antigua*, que aun hoy en día merece leerse. Murió en 1741.

REPARTICIÓN IGUAL DE LAS TIERRAS, Y VEDAMIENTO DE LAS MONEDAS DE ORO Y PLATA

El segundo establecimiento de Licurgo, y el más atrevido, fué la repartición de las tierras. Juzgola absolutamente necesaria para la quietud y el orden de la República. La mayor parte de los moradores estaba tan pobre que no tenía una pulgada de tierra, y todos los fundos se hallaban en las manos de un número pequeño de ciudadanos. Para desterrar la insolencia, la envidia, el fraude, el lujo, y otras dos enfermedades más antiguas, y mayores en el gobierno, quiero decir, la extrema pobreza, y las excesivas riquezas, persuadió á los lacedemonios á que repartiesen en común todas sus tierras, para vivir en una perfecta igualdad, lo que ejecutaron al instante. Repartió las tierras de Laconia en treinta mil partes, que distribuyó á los aldeanos, é hizo nueve mil partes del territorio de Esparta para los ciudadanos. Dícese que algunos años después, á la vuelta de un gran viaje, y atravesando Licurgo las tierras de Laconia, recientemente segadas, y consi-

derando los montones de haces de espigas perfectamente iguales, volvióse hacia los que le acompañaban, y díjoles sonriendo:— «¿No parece que la Laconia se ha hecho la herencia de muchos hermanos que reparten sus bienes?»

Para acabar de desterrar toda especie de desigualdad, y destruir la avaricia hasta sus fundamentos, vedó todas las monedas de oro y de plata, é hizo hacer cierta moneda de hierro tan pesada que era menester un carro para llevar una suma de diez minas, ó cien pesos, y un aposento para cerrarla. Además, echó fuera de Esparta á todas las artes inútiles y superfluas.

ESTABLECIMIENTO DE LAS COMIDAS PÚBLICAS

Por último, procurando Licurgo desarraigar totalmente las delicias y el lujo, estableció comidas públicas. Ordenó que todos los ciudadanos comiesen juntos de las mismas carnes reguladas por las leyes, y les prohibió el comer en sus casas. No era lícito presentarse á estas comidas con la barriga llena de otros alimentos, porque los demás comensales observaban con mucho cuidado á los que no bebían, ó comían, y les echaban en cara su imtemperancia, ó su demasiada delicadez, con las cuales menospreciaban estas comidas públicas.

Irritados se hallaron sumamente por esta ordenanza los ricos, y, por este motivo, en un alboroto del pueblo, cierto mozo, llamado Alcandro, sacó un ojo á Licurgo de un palo. Indignado el pueblo, puso al mozo en manos de Licurgo, el cual para vengarse del ultraje, tratóle tan bien, que de atrevido é insolente que era, lo hizo muy moderado y muy sabio.

Estaban quince personajes en una misma mesa, y para ser admitido en ella, era menester conseguir la aprobación de todos. Cada uno traía todos los meses media fanega de harina, ocho medidas de vino, cinco libras de queso, dos libras y media de higos, y algunos dineros para el guisar y sazonar los manjares.

Hallábanse también los muchachos en estas comidas, y se les conducía en ellas como en una escuela de sabiduría y templanza. Entrando el muchacho en la sala de comer, el más anciano, para acostumbrarle al secreto, le decía, mostrándole la puerta:—«Nada de lo que se dice por aquí, sale por allá.»

El más exquisito de todos los guisados de estas comidas era *la salsa negra*, y la preferían todos los ancianos á todo lo que se

les servía. Hallándose en tal comida Dionisio el Tirano, no fué del mismo parecer; se le figuró muy sin sabor.—«No me maravillo de eso—díjole el cocinero;—el sazónamiento le falta. ¿Y qué sazónamiento?—respondió el tirano.—La carrera, el sudor, la fatiga, el hambre, la sed. Todo eso—añadió el cocinero,—sazona nuestros guisados.»

De eso muy pocas ordenanzas dió por escrito Licurgo. Aplicóse á ponerlas en usanza y práctica. Miraba la educación de los muchachos como el mayor y más importante negocio de un legislador. Pretendía que los hijos pertenecían más presto á la República que á sus padres. No quiso fuesen los padres dueños de la educación de sus hijos, pero sí el público, por formarles sobre principios constantes y uniformes que les inspirasen, desde su niñez, el amor de la patria y de la virtud.

Luego que nacía un muchacho, visitábanle al instante los más viejos de cada tribu, y si le hallaban bien formado, robusto, y vigoroso, mandaban le criasen, y le señalaban una de las nueve mil porciones por su herencia; si al contrario, le hallaban deforme, débil y delgado, y juzgaban no tendría ni fuerza ni salud, condenábanle á perecer y le exponían. Acostumbrábanse los muchachos á no estar difíciles ni delicados en el comer: á no tener miedo en las tinieblas; á no espantarse cuando se hallaban solos; á no estar de mal humor, no vocinglear ni llorar; á marchar descalzos, dormir en tierra y llevar el mismo vestido, en invierno, y en verano, para endurecerse contra los fríos, y calores.

A la edad de siete años, se les distribuía en las clases, donde criaban y enseñaban á todos juntos, y de la misma manera. Propiamente hablando, su educación no era sino un aprendizaje de obediencia, persuadiéndose el legislador de que el medio más seguro de hacer vasallos sometidos á las leyes y á los magistrados, lo que contribuye más á la quietud y felicidad de un Estado, era enseñar á los mozos desde su tierna edad á ser perfectamente sometidos á sus maestros.

En cuanto á las letras, no aprendían sino tanto como les era menester. Desterradas eran del país todas las ciencias. Saber obedecer, sufrir los trabajos y vencer á sus enemigos en los combates, era todo su estudio. Tenían por superintendente de su educación á uno de los más calificados y honrados hombres de la ciudad, el cual establecía sobre ellos maestros de una sabiduría é integridad conocida de todos.

Un hurto de cierta especie, solamente, era lícito y mandado á los mozos. Deslizábanse lo más astuta y sutilmente que podían en las huertas, y en las salas de comer para hurtar en ellas, hierbas ó carnes, y si les cogían en el hecho, les punían, por no haber acertado. Cuéntase, que uno de ellos, habiendo hurtado una zorrilla, la escondió debajo de su ropa, y sufrió, sin dar un solo grito, le desgarrase toda la barriga con sus garras y dientes, hasta que cayó muerto en el mismo paraje. Este hurto era autorizado por las leyes y el consentimiento de todos los ciudadanos. Permitiéndolo el legislador, quería inspirar á los mozos lacedemonios, todos destinados á la guerra, mayor atrevimiento, y á buscar lo que habían de menester para alimentarse.

Nunca lucían más la paciencia y firmeza de estos mozos, como en una fiesta que se celebraba á la honra de Diana sobrenombrada Ortia. En presencia de sus parientes, y de toda la ciudad se dejaban azotar hasta verter sangre, sobre el altar de esta inhumana diosa, y algunas veces, hasta la muerte, sin dar voces, ni tampoco el menor suspiro. Sus mismos padres, viéndoles desgarrados, cubiertos de sangre y de llagas, y próximos á expirar, les exhortaban á perseverar, constantemente, hasta el fin.

De ahí viene que Horacio da á la ciudad de Lacedemonia el epíteto de Paciente, *Patiens Lacedemon*; y que otro autor pone en la boca de un hombre á quien habían dado tres palos sin quejarse: *Tres plagas Spartana Nobilitate conoxi*. Propiamente hablando, en la guerra consistía toda la ocupación y el ejército de los lacedemonios. El ejercitar artes mecánicas les era prohibido. Cultivaban sus tierras y les daban por ellas ciertas rentas los ilotas, una especie de esclavos.

Deseaba Licurgo que sus paisanos gozasen de mucho sosiego. Tenían á propósito salas comunes donde se juntaban para conversar. Nunca se hallaban solos, se les acostumbraba á vivir, como las abejas, siempre juntos, siempre alrededor de sus jefes. Su pasión dominante era el amor á la patria, al bien común. No habiendo tenido Pedarete la honra de ser alistado en el número de los trescientos que tenían un grado distinguido en la ciudad, se volvió muy contento, y muy alegre á su casa diciendo:—«Me alegro mucho de que en Esparta se hayan encontrado trescientos vecinos más hombres de bien que yo.»

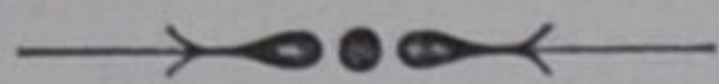
Todo inspiraba en Esparta el amor á la virtud, y el odio á vicio. No permitió Licurgo á todo género de personas el andar

en provincias extranjeras, temiendo trajesen costumbres extrañas ó desordenadas que les habrían disgustado de la vida y de las máximas de Lacedemonia. Echó también fuera á todos los forasteros que venían sin traer algo útil ó provechoso, y, solamente por curiosidad, atrajo dos. Creyó más importante y necesario cerrar las puertas de las ciudades á las costumbres corrompidas, que á las enfermedades y á la peste misma.

En tiempo de guerra, el yugo de la disciplina dura y áspera que reinaba en medio de un aparente descanso, en Esparta, se aflojaba un poco. Entre ellos, la ley capital y primera de la guerra era, nunca huir del enemigo por numeroso que fuese, nunca dejar su puesto, nunca entregar sus armas, y, en una palabra, morir ó vencer.

Venido á Esparta el poeta Arquiloco, al instante, le echaron fuera de ella, porque había referido en sus poesías, *que más valía arrojar sus armas que exponerse á la muerte.*

Saliendo á campaña un espartano, encargóle su madre volviese con su rodela ó sobre ella. Oyendo otra madre que había muerto su hijo, peleando por su patria, dijo fríamente:—«Yo no le había parido sino para eso.» Difamados eran todos los que habían huído en un combate. No solamente se les excluía de los empleos, oficios, y juntas, y espectáculos, sino que era vergonzoso emparentarse con ellos por casamientos, y los afrentaban en medio de las plazas. No iban á pelear los de Lacedemonia, sino después de haber implorado la asistencia de los dioses, por sacrificios y rogativas: y entonces, con mucha confianza marchaban al enemigo, como asegurados de la protección divina, y según dice Plutarco, como si Dios estuviera presente, y peleara con ellos.



EPITAFIO DEL POETA HIPONAX

POR TEÓCRITO

Aquí reposa Hiponax,
 Aquel lírico poeta;
 Si eres malo, de su tumba
 En el instante te aleja,
 Y si eres bueno y nacido
 De gentes que fueron buenas.
 Puedes sentarte y dormirte
 Si quieres, tranquilo en ella.

EL PASO DE LAS TERMÓPILAS

POR CARLOTA M. YONGE

La novelista inglesa, Carlota M. Yonge, nació en 1823. Su primera famosa novela *El Heredero de Redclyffe*, se publicó en 1853; la igualmente conocida *La guirnalda de margaritas*, en 1856, y *La Terraza de Bynevar*, en 1857, habiendo escrito muchas otras, además de las nombradas. Su *Libro de hechos ilustres*, apareció en 1864.

Reinaba en Grecia agitación grandísima. El *Gran Rey*, como llamaban los griegos al primer potentado de Oriente, y cuyos dominios se extendían desde el Cáucaso Indico hasta el mar Egeo y desde el Caspio hasta el mar Rojo, habíase puesto al frente de sus huestes para dirigirse contra los diminutos Estados libres que anidan entre los peñascos y en los golfos del Mediterráneo Oriental. Las codiciadas colonias griegas, situadas en las costas orientales del Archipiélago habían sido ya entregadas á su rapacidad, y los traidores á su patria hallaban fácil asilo en aquella corte despótica é intentaban vengar sus propias culpas incitando á una invasión. Los decretos de aquel monarca comenzaban con estas palabras: «Todos los pueblos, naciones y lenguas», y no era vana esa jactancia, porque sus sátrapas gobernaban reinos depedientes y se contaban entre sus pueblos tributarios el caldeo, con la sabiduría de su antigua civilización, el hebreo hábil é intrépido, el experimentado fenicio, y el docto egipcio, el salvaje y errante árabe del desierto, y el negro etíope; sobre todos dictaba leyes esa raza persa, activa y dotada de ingenio agudo, conquistadora del mundo y capitaneada por una banda de gente escogida que se denominaba con orgullo la *Inmortal*.

Sus diversas capitales, Babilonia la Grande, Susa, Persépolis y otras, eran nombres esplendorosos con que los griegos soñaban y que de vez en cuando mencionaban los jónicos del Asia Menor cuando iban á ofrecer sus tributos al rey, ó los esclavos de la corte que huían de ella para sustraerse á la tiranía. ¡Y el dueño de tan vasto Imperio se disponía á lanzar sus innumerables huestes contra ese diminuto grupo de Estados que, reunidos, no alcanzaban á igualar una sola provincia del grandioso reino asiático! Más

Kyölänen
8/6/11

Red

19/6/11

aún : no era una guerra contra los hombres, solamente, sino también contra sus dioses. Los persas, fanáticos adoradores del Sol y del fuego, aborrecían el ídolo que con tan profundo respeto reverenciaban los griegos, y saqueaban y destruían los templos que caían en sus manos. La muerte y la desolación surgían por doquier á su contacto y la tortura y la esclavitud era la suerte que aguardaba á cuantos eran sometidos por los conquistadores.

Cierto es que diez años antes el Gran Rey había enviado sus mejores tropas á las costas del Atica, donde fueron completamente deshechas ; pero las pérdidas experimentadas en Maratón no hicieron sino estimular á los persas en su afán de conquista, y el nuevo rey Jerjes comenzó á reclutar millares de hombres con que aplastar á los griegos y arrollar el país á fuerza de numerosas huestes invasoras.

Sardes fué el punto designado para reunirse, y allí los espías griegos **vieron** á las multitudes y admiraron la pompa y magnificencia de los servidores del rey. Envió embajadores que pidieron la tierra y el agua á cada Estado de Grecia, como reconocimiento de que tierra y agua le pertenecían ; pero estos Estados, cada uno de por sí, resolvió permanecer libre é independiente y sólo la Tesalia, situada la primera en su camino, consintió en someterse al yugo. Celebróse un Consejo en el Istmo de Corinto, al cual concurrieron diputados de todos los Estados de Grecia para discutir y llevar á cabo los medios de defensa más factibles. Las naves enemigas debían cruzar por las costas del mar Egeo ; los ejércitos debían atravesar el Helesponto por un puente construido por medio de barcas, y marchar en dirección al Sur hacia Grecia. Para prevenir el peligro quedaba sólo la esperanza de defender esos pasos, ya que por la naturaleza del terreno eran tan estrechos, que únicamente contados soldados podían luchar cuerpo á cuerpo. El valor, pues, sería más eficaz que los grandes núcleos.

El primero de estos pasos llamábase Tempa y á él se envió un cuerpo para guarnecerlo, pero pronto se convencieron de que era inútil é imposible, y las tropas regresaron. El segundo era el de las Termópilas. Búsquese en el mapa del Archipiélago ó del Mar de Egea, como entonces se llamaba, la gran isla de Negroponto, conocida también con el nombre de Eubea ; parece un trozo desprendido de la costa ; la parte Norte afecta la forma de una cabeza de ave con el pico en dirección de un golfo y como que-

riendo ajustarse á él ; sobre la tierra firme y entre esta isla y la costa, vése un estrecho considerablemente angosto.

El ejército persa tenía que efectuar sus movimientos bordeando el golfo ; no podía dirigirse en línea recta á través del país porque una cordillera de montañas llamada Eta le cerraba el paso. En efecto : los bosques, los peñascos y los precipicios estaban tan cerca de la orilla del mar, que en dos lugares sólo cabía una rueda entre el acantilado y el pantano infranqueable que formaba la orilla del golfo en la parte Sur. Estos dos lugares tan angostos eran entonces conocidos con el nombre de *puertos del paso* y estaban separados uno de otro cerca de una milla. Este espacio tenía un poco más de anchura, y estaba dotado de una multitud de manantiales de aguas calientes, saladas y sulfurosas que aprovechaban los enfermos para baños. De ahí, pues, el nombre de *Termópilas* ó puertas calientes. En otros tiempos, y á través de la parte occidental de estos pasos, habíase construido un muro á causa de las continuas guerras habidas entre tesalienses y focios, los cuales habitaban en ambos lados, pero cuando estos últimos hallaron un sendero muy estrecho y escarpado que corría á lo largo del cauce de un torrente, dejaron que la acción del tiempo se encargara de derruir el muro. A través de este cauce podíase fácilmente cruzar de un territorio á otro sin necesidad de bordear el camino cenagoso de la costa.

Este era, pues, un excelente punto de defensa. Las naves griegas hicieron todas rumbo hacia el punto más lejano de Eubea con el intento de impedir la entrada de las naves persas en el estrecho y el desembarco de la gente detrás del paso, y envióse una división del ejército para guardar las *Puertas Calientes*. El Consejo que se había reunido en el Istmo ignoraba que existiese el sendero escarpado de que hemos hecho mención y sostuvo la creencia de que no había el menor peligro mientras los persas fuesen tenidos á distancia del camino de la costa.

Las tropas enviadas con este objeto procedían de diferentes ciudades y ascendían á unos cuatro mil hombres ; este número tan exiguo estaba destinado á defender el paso contra dos millones. Su caudillo era Leónidas, que hacía poco había sido elegido segundo rey de Esparta, aquella ciudad que sobre todas las de Grecia educaba á sus hijos para la guerra y les enseñaba á temer la muerte infinitamente menos que la deshonra. Leónidas sabía ya de sobra que esta excepción le acarrearía la muerte con toda

probabilidad, tal vez á causa de las palabras proféticas pronunciadas en el templo de Delfos, por las que se declaraba que Esparta se salvaría con la muerte de uno de sus reyes de la raza de Hércules. Permitíanle las leyes llevar consigo trescientos hombres cuidadosamente escogidos, no sólo por su fuerza y valor, sino por tener hijos que perpetuaran su descendencia en caso de que hallasen la muerte en la contienda. Estos espartanos, con sus ilotas ó esclavos formaban un cuerpo aparte, pero el ejército todo estaba bajo su mando. Hasta se ha dicho que los trescientos hicieron celebrar sus funerales antes de lanzarse á la pelea, para que el enemigo no pudiera impedirselo, toda vez que, como sabemos, los griegos, creían que las almas de los muertos no hallaban el descanso eterno hasta haber celebrado sus exequias. Semejantes preparaciones no debilitaron el ánimo de Leónidas y sus hombres; su esposa Gorgo no era tampoco de esas mujeres que desmayan ni retroceden ante los peligros. Mucho tiempo antes, cuando niña, una sola palabra suya salvó á su padre que iba á escuchar un mensaje traidor del rey de Persia. Desde aquel instante las mujeres espartanas pudieron decir á los que más amaban, porque lo habían aprendido de niñas, que debían volver de la batalla *con el escudo, ó encima de él*; es decir, llevándolo triunfalmente ó llevados en él después de muertos.

Cuando Leónidas llegó á las Termópilas dijéronle los focios que existía un paso escarpado á través de los bosques de castaños del monte Eta y suplicáronle les concediese el privilegio de defenderlo desde un lugar elevado de la ladera del monte, asegurándole que era muy difícil hallarlo al otro extremo, y que no era probable en modo alguno que el enemigo lo descubriese. Consintió en ello el caudillo, y acampando alrededor de los manantiales calientes, hizo reconstruir el muro derruido y aprestóse á la pelea.

Veíase al ejército persa extendiéndose por todo el país á semejanza de nubes de langosta, y algunos de los griegos de las provincias meridionales que guarneceían el paso empezaron á desanimarse. Sus hogares del Peloponeso, estaban más seguros, comparándolos con la posición que ocupaban. ¿No valía más que retrocediesen y se reservasen para defender el Istmo de Corinto? Pero Leónidas, aunque Esparta estaba en salvo al otro lado del Istmo, no tenía la intención de abandonar á sus aliados de los Estados septentrionales, y mantuvo á los otros peloponesianos en

sus puestos. Únicamente envió mensajeros por si necesitaba su auxilio.

Poco después un jinete persa se presentó á reconocer el paso. No podía ver cosa alguna por encima del muro, pero enfrente y en las murallas vió á los espartanos, algunos de los cuales se entregaban á juegos de destreza, mientras otros peinábanse sus largas cabelleras. Regresó al campamento de su rey y refirióle cuanto había visto.

Ahora bien : Jerjes tenía en su campamento un príncipe espartano desterrado llamado Demarato, traidor á su patria que servía en calidad de consejero al enemigo. Envióle á buscar Jerjes y preguntóle si sus compatriotas estaban locos para dedicarse á tales operaciones en vez de apelar á la fuga ; pero Demarato contestó que se estaba preparando indudablemente una gran batalla, ya que era costumbre entre los espartanos peinarse las cabelleras con todo el esmero posible siempre que se acercaba el momento de los grandes peligros. Jerjes, sin embargo, no quiso creer que una fuerza tan insignificante pudiese tratar de resistirle y esperó cuatro días creyendo probablemente que sus naves le prestarían ayuda ; pero como éstas no se presentaron, mandó comenzar el ataque.

Los griegos, hombres robustos y vigorosos y blandiendo armas más pesadas, podían pelear con más ventaja que los persas, quienes sólo disponían de lanzas cortas y frágiles escudos ; por estas causas nada despreciables, el enemigo sufría importantes pérdidas. Dícese que Jerjes saltó de su trono tres veces, desesperado al ver que sus huestes se batían en retirada ; y así, durante dos días, parecía tan fácil abrirse camino á través de los espartanos como de las mismas rocas. Y además, ¿ cómo podían luchar tropas esclavizadas, arrancadas de sus hogares á la fuerza y que iban á extender los triunfos de un rey ambicioso, como hombres libres que saben que sus golpes sirven para defender sus haciendas y sus familias ?

Al atardecer de aquel día memorable, un malvado llamado Efiates se dirigió arrastrándose, para no ser visto, al campamento de los persas, con el intento de enseñarles, mediante una crecida cantidad, el atajo escarpado que facilitaría al enemigo el ataque de la retaguardia de los valientes defensores ; y, ya de noche, el general persa Hidarnes, al frente de un destacamento marchó hacia el atajo para asegurar su posesión, guiado por el

traidor á través de las espesas selvas que bordeaban las vertientes de la montaña. Al rayar el alba, y en medio de la soledad y del silencio profundo que reinaba en aquellos parajes, los soldados focios que guardaban el paso, pudieron oír el crujido de las hojas secas desprendidas de los castaños de la selva al ser pisadas por la multitud que se acercaba. Apercibiéronse los focios inmediatamente á la defensa, pero una lluvia de flechas cayó de improviso sobre ellos obligándoles á huir hacia otro punto más elevado de la montaña, y el enemigo, sin aguardar á perseguirles, comenzó el descenso.

A medida que adelantaba el día, el crepúsculo de la mañana dejaba ver distintamente á los centinelas griegos acampados en el valle, unos reflejos brillantes que se movían continuamente en el cauce del torrente situado al pie de aquella enmarañada selva, y estos reflejos no procedían del agua, sino de dorados yelmos y plateadas jabalinas. Poco después, un cimeriano trepó por encima del muro; venía del campamento persa trayendo la noticia de que el atajo había sido descubierto traidoramente, que el enemigo se dirigía á ocuparlo y que bajaría hasta más allá de la *Puerta Oriental*. El camino era, no obstante, de muy difícil acceso, y tortuoso; los persas no podrían descender antes de mediodía y les quedaba tiempo suficiente á los griegos para escapar antes que el enemigo pudiera coparlos.

Celebróse breve consejo sobre el sacrificio matutino. El vidente Megistias, al inspeccionar las entrañas de la víctima sacrificada, declaró que su aspecto presagiaba desastres. Ordenó á Leónidas la retirada, pero éste se negó y mandó á su casa á su hijo único que estaba con él. No era realmente deshonoroso, en el sentido estricto de la palabra, abandonar una posición que no podía defenderse, y Leónidas recomendó á todas las tropas aliadas bajo su mando, que se retirasen ordenadamente mientras aún era tiempo.

En cuanto á él y á sus espartanos, habían resuelto morir todos en sus puestos y no había duda de que el ejemplo de semejante resolución haría mucho más para la salvación de Grecia que todos sus esfuerzos juntos, si decidían reservarse para mejor ocasión.

Los aliados consintieron en la retirada, todos, excepto los ochenta hombres que habían venido de Micenas y los setecientos lesbianos que declararon no querer separarse de Leónidas. Había también cuatrocientos tebanos que quisieron quedarse, y con

ellos se formó el contingente que al mando del ilustre caudillo tenía que hacer frente á dos millones de enemigos, y que sólo se componía de mil cuatrocientos guerreros, además de los ilotas ó siervos de los trescientos espartanos, cuyo número no se conoce con exactitud, pero se supone que había uno á lo menos para cada espartano.

Tenía Leónidas en su campamento dos parientes que, como él, pretendían que la sangre de Hércules corría por sus venas, y quiso salvarles mandándoles con cartas y mensajes á Esparta; pero uno de ellos replicó que *habían venido á pelear, no á llevar cartas*, y el otro, que *sus hechos dirían todo lo que Esparta deseaba saber*. Otro espartano, llamado Dienices, cuando le dijeron que los arqueros enemigos eran tantos que con sus flechas obscurecerían el sol, respondió: *Mejor; así pelearemos á la sombra*. Enviáronse dos de los trescientos á un pueblecillo cercano, porque padecían de la vista, y uno de ellos llamado Eurito, vistióse la armadura y mandó á su ilota que le condujera á su puesto en las filas; el otro, llamado Aristodemo, estaba tan gravemente enfermo que no tuvo otro remedio que marcharse con los demás aliados. No había llegado aún el sol á su cenit cuando ya no quedaba en el campamento ninguno de los fugitivos, y entonces fué cuando Leónidas dió á su pequeña hueste la orden de tomar la última comida.—*Esta noche—dijo,—cenaremos en compañía de Plutón*.

Hasta aquí habíase el valiente caudillo mantenido á la defensiva, economizando de esta suerte una sangre que en aquellos instantes le era preciosísima; pero ahora, preparado ya como estaba, quería que la carnicería fuese horrorosa á fin de que el enemigo recordase con horror el nombre griego. Dirigióse, pues, con ánimo decidido hacia más allá de la muralla, sin aguardar el ataque del enemigo, y dió comienzo á la batalla. Los capitanes persas iban detrás de sus desventuradas huestes incitándolas con el látigo á la pelea. ¡Desgraciados! allí les arrastraban sin compasión para ser unos, hechos pedazos; otros, atravesados por las jabalinas griegas; éstos, arrojados al mar; aquéllos, sepultados en el cieno de la charca. Sin embargo, al fin, los valientes defensores griegos fueron arrollados y vencidos por el número. Destrozadas las lanzas de los griegos, sólo les quedaban las espadas, y únicamente entonces comenzaron á ceder; el mismo Leónidas cayó de los primeros, y la lucha cuerpo á cuerpo, encima de su

cadáver, era horrible ; dos príncipes persas, hermanos de Jerjes, murieron allí también ; y, por último, supose que Hidarnes se hallaba sobre el paso y que los pocos soldados que quedaban estaban cercados por todos lados. Dirigiéronse entonces, espartanos y lesbianos, hacia una pequeña colina situada en el interior de la muralla, y resolvieron vender allí caras sus vidas, pero los tebanos se desanimaron y entregáronse á los persas implorando clemencia. Diéronles éstos cuartel, pero fueron todos marcados con el sello del rey como indignos desertores. Los ilotas huyeron en este instante, probablemente hacia las montañas, dejando á la pequeña hueste batiéndose desesperadamente en la vertiente de la colina, unos con espadas, otros con dagas y los más con las manos y los dientes, hasta que, al ponerse el sol, ya no quedaba uno solo con vida. Veíanse solamente, poco después, montones de cadáveres erizados de saetas.

Ante ese puñado de valientes habían caído veinte mil persas. Jerjes preguntó entonces á Demarato si había muchos más como éstos en Esparta, contestándole el traidor que todavía quedaban ocho mil. ¡ A buen seguro que el rey persa debió lamentar de todo corazón el haber invitado á sus cortesanos que iban en las naves, á presenciar lo que había hecho con los hombres que se atrevieron á oponerse á sus designios ! Mostróles la cabeza y el brazo de Leónidas clavados en una cruz ; pero tuvo buen cuidado en ocultarles sus muertos, excepto un millar que dejó en el campo de batalla. El cuerpo del valeroso rey recibió sepultura en el mismo sitio en que cayó, así como todos los demás. ¡ Cuánto envidiaba su suerte el infeliz Aristodemo que se oyó llamar *cobarde* por todos sus conciudadanos ! Negáronle éstos el fuego y el agua, y al cabo de un año de indecibles sufrimientos, redimióse en la batalla de Platea donde pereció peleando en la vanguardia. Este fué el último golpe que arrojó á los persas de Grecia.

Los griegos honraron como se merecía, la memoria de los valientes guerreros que derramaron su sangre en aras de la patria y que, si hubiesen sido debidamente apoyados, hubieran salvado al país de la invasión.

El poeta Simónides fué quien escribió las inscripciones grabadas en las columnas erigidas para conmemorar tan heroicos hechos. Estaba una de ellas situada en la parte exterior de la muralla donde fué más encarnizada la pelea, y parece ser que se erigió en honor de todos los que resistieron durante dos días :

EL PASO DE LAS TERMÓPILAS

En este sitio cuatro mil soldados,
Venidos todos del país de Pélops,
Guiados por el dios de las batallas
A trescientos millares combatieron.

Otra columna, erigida en honor de los espartanos, lleva la siguiente inscripción :

«Caminante, ve á Esparta
Y dila que hemos muerto por obedecer sus leyes.»

En la pequeña colina, último baluarte de los griegos, colocóse un león de granito en memoria de Leónidas, tan justamente llamado *el semejante al león*, y Simónides, de su peculio particular, erigió una columna á su amigo el vidente Megistias con esta inscripción :

«Este es el sepulcro del gran Megistias
»Que dió muerte á los medas, al acabar de salir
»de los vados de Esperque ;
»Bien conocía el sabio profeta su próxima muerte,
»Y no obstante se avergonzó de abandonar á sus reyes
»de Esparta.»

Los nombres de los trescientos fueron también grabados en una columna de Esparta.

León, columnas é inscripciones, todo ha desaparecido ya, y hasta el sitio mismo ha cambiado ; hase formado un suelo nuevo, y vense hoy muchos kilómetros de tierra firme entre el monte Eta y el golfo, de manera que las *Puertas Calientes* no existen tampoco. Pero más perdurable que el hierro ó el cobre, y aun que el mismo campo de batalla, ha sido el nombre de Leónidas. Dos mil trescientos años han transcurrido desde que sacrificó la vida en aras de su patria en aquel estrecho camino de una costa cenagosa, bajo la bóveda de los despeñaderos poblados de bosques y con el mar al lado. Desde aquel entonces, ¡ cuántos corazones han palpitado, cuántos brazos se han levantado nerviosamente al recordar la gloriosa epopeya del Paso de las Termópilas, y aquella derrota que valió mucho más que una victoria !

MORIR POR LA PATRIA

POR TIRTEO

¡ Oh qué bello es morir por la querida
Patria! Varón, en los combates fuerte,
Con los primeros expondrás tu vida.

¿ Mendigando infeliz quisieras verte?
¿ Del que abandona su natal campaña
No sabes, no, la desdichada suerte?

Desamparado vaga en tierra extraña;
Los hijos, la mujer, el padre anciano,
Familia desolada le acompaña.

Le aborrecen doquier, y clama en vano;
De la indigencia al peso ya caído,
Nadie le prestará piadosa mano.

Que afrentó su linaje, y ha perdido
Hasta las nobles formas del semblante,
Y su infamia y su mal ha merecido.

¡ Oh, destino cruel del hombre errante!
No el desdichado habrá ningún consuelo,
Ni respeto ni gloria en adelante.

Tú á la batalla por el patrio suelo
Valiente corre, y por tus hijos muere:
Deja de infame vida el torpe anhelo.

Mantén la fila, y denodado hieres;
Mantenla firme; oprobio á aquel cobarde
Que á la fuga en la lid principio diere.

Iras pon en tu pecho, en iras arde;
Con hombres las habrás en la pelea;
No el amor de la vida te acobarde.

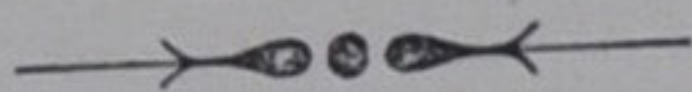
El anciano aguerrido no se vea
Por ti con mengua tuya abandonado,
Que su rodilla débil ya flaquea.

¿ Vergüenza no será que atropellado
Yazga á tus ojos al primer momento
De sienes, ya rugosas, el soldado?

Allí en el polvo, mírale; sangriento
Su cabello nevado y barba cana,
Yace exhalando el animoso aliento.

Nudo su cuerpo, ni de heridas sana
La parte del pudor con mano amiga

Cubre al ultraje de la turba insana.
 ¡Espectáculo atroz! ¿Y á la enemiga
 Hueste no vas? Al joven animoso
 Morir conviene, juventud le obliga.
 Saliendo de las lides victorioso
 Lo acata el hombre, la mujer le quiere;
 Pero aun es á las bellas más hermoso
 Si en las primeras batallando muere.



EL VELLOCINO DE ORO

POR NATANIEL HAWTHORNE

NATANIEL HAWTHORNE.—Novelista americano; nació en Salem, Massachusetts, el 4 de julio de 1804; murió en Plymouth, N. H., el 19 de mayo de 1864. Sus cargos oficiales en la aduana de Salem y como cónsul de los Estados Unidos en Liverpool, fueron para él continua ocasión de estudio de la naturaleza humana. Su popularidad literaria se formó lentamente; pero se fundó en verdades que son eternas. Sus novelas más célebres son: *La Letra escarlata*, 1850; *La Casa de los siete aleros*, 1851; *La Novela de Blithedale*, 1852; *El Fauno de mármol*, 1860; *Septimio Felton*, obra póstuma. Escribió un sinnúmero de cuentos cortos, inimitables por su estilo y por la fecundísima imaginación que revelan. La primera serie de los *Cuentos narrados dos veces*, apareció en 1837; *La Imagen de nieve* y *Nuevos Cuentos narrados dos veces*, en 1852; los *Cuentos de Tanglewood* fueron editados en 1853.

Cuando Jasón, hijo del destronado rey de Yolcos, era muy niño todavía, fué alejado del lado de sus padres y confiado al preceptor más singular que pueda imaginarse. Tan docto personaje pertenecía á la familia de los cuadrúpedos llamados centauros. Vivía en una caverna; su cuerpo y sus piernas eran de caballo blanco; pero tenía la cabeza y las espaldas de hombre. Llamábase Quirón y á pesar de su extraña figura, era un maestro excelente y contaba con algunos discípulos, que, más tarde, le honraron haciéndose célebres en el mundo. Hércules fué uno de ellos, y también Aquiles y Filoctetes, y asimismo el famosísimo doctor Esculapio. El bueno de Quirón enseñaba á sus discípulos á tocar el arpa, á sanar enfermedades, á blandir la espada y embrazar la rodela, y muchas otras cosas comprendidas en la educación de un niño en aquellos tiempos, en vez de adiestrarse en la escritura y en la aritmética.

He sospechado, á veces, que, en realidad, maese Quirón no se diferenciaba gran cosa de los demás humanos, sino que,

Viana
8/6/11

reto 10/7/11

siendo un vejete bondadoso y jovial, acaso le diese por hacer creer á los demás que era caballo, y se arrastrase á cuatro patas en la escuela, dejándose montar por los chicos. Y pudiera ser que después, sus propios discípulos, ya entrados en años y haciendo cabalgar á sus nietos sobre las rodillas, hablasen á éstos de sus entretenimientos cuando iban á la escuela, y los nietos llegasen á creer que un centauro, medio hombre medio caballo, había enseñado las primeras letras á sus abuelos; porque todos sabemos que, con frecuencia, los niños no entienden bien lo que se les dice, y se llenan la cabeza de absurdos.

Como quiera que sea, se ha dado siempre por sentado—y seguirá dándose mientras el mundo sea mundo,—que Quirón, con su cabeza de maestro de escuela, tenía cuerpo y patas de caballo. ¡Imaginad al venerable anciano trotando y pateando en la clase, acaso pisoteándole los pies á alguno de los pequeñuelos, sacudiendo su poblada cola á modo de azote, y saliéndose al campo alguna que otra vez para comer un bocado de hierba! Me gustaría saber cuánto le cobraba el herrero por un juego de herraduras.

Jasón vivió en la cueva del cuadrúpedo Quirón desde cuando contaba solamente algunos meses, hasta que alcanzó la talla normal de un hombre. Es de suponer que llegó á ser un buen arpista, que manejaba con destreza las armas y conocía medianamente las plantas y drogas medicinales; pero, sobre todo, fué, sin duda, un jinete admirable, porque, en cuanto á enseñar equitación, no creo que ningún otro maestro pudiese rivalizar con Quirón. Por fin, Jasón, cuando fué ya un mancebo alto y atlético, quiso salir al mundo en busca de aventuras, sin consultarlo antes con Quirón ni decirle una sola palabra de sus propósitos. En esto ciertamente obraba con muy poca cordura, y abrigo la esperanza de que ninguno de mis jóvenes lectores seguirá jamás su ejemplo. Pero, es preciso que sepáis que Jasón había averiguado que era príncipe de sangre real y que su padre Esón, rey de Yolcos, había sido despojado de sus Estados por un tal Pelías, el cual hubiera también dado muerte á Jasón, de no estar éste oculto en el antro del centauro. Jasón, pues, siendo ya un hombre, se propuso poner las cosas en su punto, castigando al malvado Pelías por el crimen de que fué víctima su querido padre, y echándole del trono para sentarse él en su lugar.

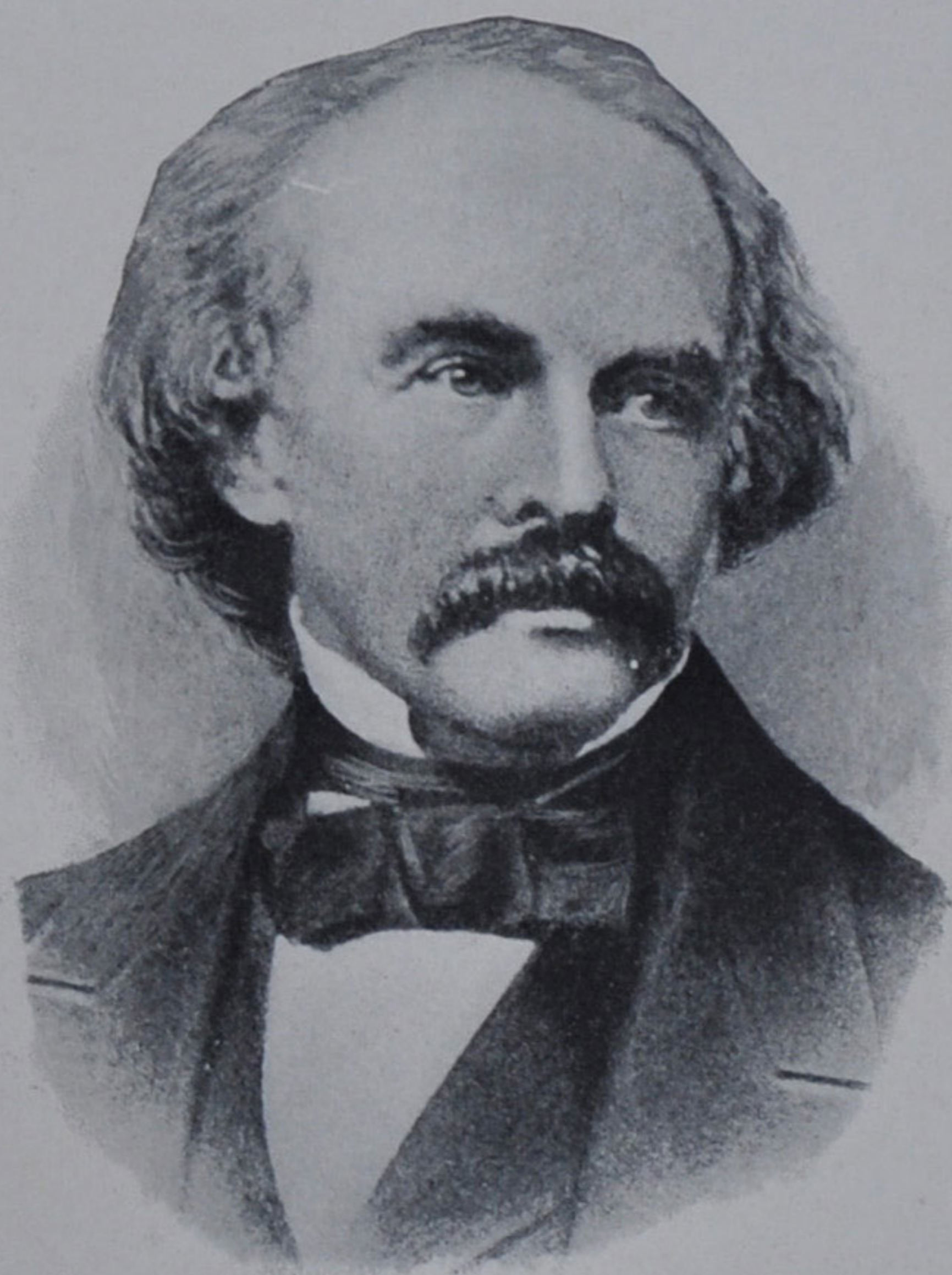
Con tal intento, armada cada mano de una lanza y cubiertas sus espaldas con una piel de leopardo para resguardarse de la lluvia, emprendió su viaje, dejando acariciar por el viento su rizada y blonda cabellera. La prenda que más le enorgullecía de las pocas que llevaba encima era un par de sandalias que habían pertenecido á su padre; tenían bellísimos bordados y se ataban á sus tobillos con unas cintas de oro. En conjunto, su atavío no era nada vulgar; y al verle pasar, las mujeres y los niños se agolpaban á las puertas y ventanas, maravillados por el joven viajero de la piel de leopardo y de las sandalias de las cintas de oro, no pudiendo imaginar las heroicas hazañas que iba á llevar á cabo con las lanzas que empuñaban sus manos diestra y siniestra.

Después de no sé cuántas jornadas, Jasón llegó á un río turbulento, de impetuosa y revuelta corriente, cubiertos sus remansos de blanca espuma, que le cerró el paso. Aunque dicho río no era caudaloso en las épocas de sequía, henchían, á la sazón, su cauce las lluvias abundantes y las nieves derretidas de las laderas del monte Olimpo; mugía de tal suerte y aparecía tan indómito y peligroso, que Jasón, á pesar de su osadía, creyó prudente detenerse en sus orillas. El lecho del río parecía sembrado de rocas agudas y desiguales, algunas de las cuales sobresalían por encima de las aguas. De vez en cuando, arrastraba la corriente algún árbol arrancado de cuajo, que iba chocando con los peñascos, ó alguna cabra ahogada, y Jasón vió también pasar los despojos de una vaca.

En una palabra: el río, con su crecida, había causado ya graves daños. Era harto profundo para que Jasón lo vadease y demasiado alborotado para atravesarlo á nado; no se columbraba ningún puente, y una barca, caso de haber dado con ella, se hubiera estrellado contra las rocas.

—¡Pobre muchacho!—díjole casi al oído una voz cascada. —O has sido educado de un modo miserable, puesto que no sabes cómo cruzar este riachuelo, ó tienes miedo de mojarle tus hermosas sandalias de cintas de oro. ¡Lástima que no tengas aquí á tu cuadrúpedo maestro, para que te lleve sano y salvo en su lomo á la otra orilla!

Jasón miró en torno suyo muy sorprendido, porque no creía tener á nadie tan cerca. Mas, vió á su lado á una vieja, cubierta la cabeza con un manto desgarrado y apoyándose en un bas-



Nathaniel Hawthorne.

tón cuyo puño tenía la figura de un cuclillo. Parecía muy anciana, encorvada y achacosa; con todo, sus ojos, pardos como los de un buey, eran tan grandes y hermosos que, al mirar fijamente á los de Jasón, éste no veía cosa alguna fuera de ellos. La vieja llevaba en la mano izquierda una granada, á pesar de no ser la estación propia de dicha fruta.

—Jasón: ¿adónde vas?—le preguntó.

Por lo visto le conocía por su nombre; y, realmente, aquellos grandes ojos pardos miraban como si lo conociesen todo: lo pasado y lo futuro. Mientras Jasón la estaba contemplando, un pavo real se acercó y fué á ponerse al lado de la vieja.

—Me voy á Yolcos—contestó el joven,—para obligar al perverso rey Pelías á que baje del trono de mi padre y me deje reinar en su lugar.

—De ser así—dijo la vieja con la misma voz cascada,—si no tiene otro objeto tu viaje, no te has de dar ninguna prisa. Sé buen muchacho, llévame en tus hombros y ponme al otro lado del río. Yo y mi pavo tenemos, como tú, algo que hacer en la otra ribera.

—Abuela—replicó Jasón:—sin duda tus negocios no son tan importantes como el mío, que consiste en derribar á un rey de su trono. Además, ya ves que esta corriente es muy impetuosa; si me faltara pie, nos llevaría á los dos río abajo con más facilidad que á aquel árbol con sus raíces. Con mucho gusto te complaciera si estuviese en mi mano el hacerlo así; pero no creo poseer bastante vigor para llevarte hasta la orilla opuesta.

—Entonces—dijo ella con sorna,—tampoco tendrás fuerza suficiente para destronar al rey Pelías. Jasón: si no atiendes á una anciana que solicita tu asistencia, no eres digno de ser rey. ¿Para qué son los reyes, sino para socorrer á los débiles y desamparados? Obra como mejor te parezca: llévame á costas ó deja que, con mis pobres miembros, luche como pueda contra la corriente.

Dichas estas palabras, la vieja hundió su bastón en el agua, como buscando un sitio firme donde poner el pie. Pero Jasón se sentía avergonzado de sus vacilaciones y se decía para sus adentros que, si á aquel ser desvalido le ocurría algún percance al desafiar aquella gran corriente, nunca se lo podría perdonar. El bueno de Quirón, medio caballo ó no, le había enseñado que el más noble empleo de la fuerza consiste en desplegarla en